

Premiada con Medalla de Plata en la Exposición Internacional de Milán de 1906

AÑO III

Lima, á 16 de marzo de 1907

NUM. 34



LA BASCULA
 Universidad Nacional Mayor de San Marcos
 Cuadro de Eugène Delacroix. Colección de M. Eugène Schneider.
 Universidad del Perú. Decana de América

La cuestión palpitante

A Luis Miró Quesada, catedrático de Pedagogía

ABANDONO por hoy la serie de mis «Boutades» *semi-literarias* y *semi-críticas* para enderezarme por un camino que no vacilo en llamar *semi-pedagógico*. Si en el país de *Figuro* triunfaba el *cuasi* en el periodismo y en la filosofía, en la literatura y en la política, y todos eran *cuasi-periodistas* y *cuasi-filósofos*, *cuasi-literatos* y *cuasi-políticos*, nada tiene de extraño que yo emplee la partícula *semi* en el nuestro donde sabemos de todas cosas; pero de todas *á medias*.

Explicadas así las primeras líneas de este artículo pido al lector no me mire con enojo, no me juzgue con dureza, ni me tilde de pretensión ó vanidad por estos pinitos pedagógicos por estos hipos de *semi-educacionista*.

El problema de la instrucción es, sin disputa, nuestra cuestión palpitante. En folletos, en conferencias, en discursos, se le analiza y se le estudia. No ha mucho que un periódico, *La Prensa* abrió una *enquete* interesante en la que plumas autorizadas alternaron con escritores mediocres sin ciencia y sin preparación. El gobierno deseoso de solucionar nuestro gran problema abrió una vasta información, publicada á fines del pasado año en dos extensos volúmenes. En ella, excepción hecha de unos cuantos estudios notables, la mayoría, la tristemente abrumadora mayoría responde al Ministerio con párrafos vacíos de saber, faltos de sentido común y hasta faltos de sintaxis. Ha sido una revelación desoladora del atraso de nuestra cultura, del bajo nivel de nuestro pobre magisterio; y lo que es peor todavía, nos deja entrever cual puede ser el resultado de los esfuerzos de congresos y gobiernos empeñados en despejar una incognita favorable sin más elementos que una inmensa masa de analfabetos y un puñado de maestros ineptos.

Parece que no quisiéramos comprender la gravedad de esta situación. Basta una rápida mirada para abarcar la desalentadora realidad de nuestro estado. Y sin embargo seguimos dedicando nuestra actividad, nuestro tiempo y nuestras energías al estudio de las últimas novedades educativas, de los métodos concéntricos, de los jardines de la infancia, de las teorías de la escuela libre y de la escuela anárquica. Continuamos discutiendo la necesidad del color agarbanzado para las paredes y los inconvenientes de los colores complementarios en los mapas, de los papeles demasiado blancos y de las letras demasiado negras. Imbuidos en una escuela de metafísica pedagógica más que las deficiencias de nuestra instrucción nos preocupa el análisis del pensamiento de Herbart, de Pestalozzi, de Comenio ó de Fröbel. Nos es muy duro abandonar una senda de *reclame* personal, de exportación y de efectismo, para convertirnos hacia otra menos brillante y llamativa pero más sólida y fecunda.

Los espíritus anodinos ó mediocres enmascaran su ineptitud y disfrazan su insignificancia bajo una expresión, que de puro repetida va perdiendo su sentido, y se

llaman ellos mismos *hombres prácticos*; nuestros verdaderos intelectuales padecen de la enfermedad contraria y el teorismo los inhabilita para la acción. Y si los primeros incapaces para las especulaciones mentales y desprovistos de cultura, maldicen la ciencia y proclaman una grosera religión de *sanchismo*, porque les están vedadas las ascensiones del pensamiento y los nobles vuelos del espíritu libre, los segundos faltos del sentido de la realidad escollan en sus mejores propósitos y en nombre de la ciencia nos embarcan en las aventuras más idealistas.

El teorismo acompaña á la mayor parte de nuestros hombres de valer; y si á este mal agregamos el verbalismo propio de nuestra raza hallaremos la razón de nuestra voluntaria ceguera y de tantos discursos aparatosos en los que se habla de «progreso educativo», de «vientos renovadores», de «nuevos ideales», y de toda esa serie de palabras con que nos venimos engañando, de toda esa gárrula y hueca fraseología que tanto nos halaga y nos seduce.

Algo se ha hecho sin embargo. Han sido esfuerzos tímidos é incompletos pero laudables. La contratación de maestros extranjeros y el envío de nuestros alumnos á los grandes centros de cultura son dos medidas acertadas en esa labor. Si la primera de estas medidas no ha producido efectos benéficos, ello no se debe á otra cosa que á la manera errada con que se ha procedido en esta cuestión. Encomendándola á personas competentes en materia pedagógica, que garanticen y respondan de la idoneidad de los maestros que envíen, no volverán á presentarse casos iguales ni parecidos al del fracasado director de Guadalupe. Mas si las garantías en vez de ser exigidas por el gobierno, son concedidas por él á los maestros, asegurándoles el goce de altos sueldos, y la permanencia segura en el puesto, tendremos eternamente á la cabeza de nuestros planteles de instrucción directores llenos de pretensiones y ayunos de ciencia.

En cuanto al envío de nuestros alumnos á Europa y á los Estados Unidos, sería provechoso hacerlo en muy alta escala. Nadie puede negar á nuestra juventud cualidades de asimilación sorprendentes y raras. Fáltándonos como en efecto nos faltan maneras de cultivar estas aptitudes, es menester llevarlos á otros puntos en donde puedan adquirir un vasto contingente de conocimientos que después vienen á sembrar por todo el país. El maestro peruano formado en los *pedagogium* y escuelas normales extranjeras tiene sobre los no nacionales la inmensa ventaja de conocer el medio y la población escllar sobre la que va á ejercer su acción. Es una inapreciable ventaja que nos ahorra esa serie de ensayos, de tanteos, de reformas y de tentativas infructuosas con las que malgastan sus energías los maestros europeos.

La política escolar que atiende solo á la instrucción primaria, lo mismo que la que solo quiere la reforma de la universidad, son por exclusivas equivocadas. Entre

nosotros la reforma debe ser simultánea y progresiva. Es cierto que toda dirección unilateral es más fuerte e intensa; pero el abandono que esta unilateralidad significa respecto á los otros grados de la enseñanza, el desarrollo que á expensas de los demás adquiere uno de ellos: retarda la evolución general.

La evolución debe ser gradual y paulatina, informada por un pensamiento educativo inteligentemente aclimatado. Sin perder de vista el adelanto de los colegios de instrucción media, debe ante todo difundir la instrucción primaria, reformar la universidad, y fomentar el profesorado nacional.

La labor es vasta, compleja y difícil. Demanda mu-

chos esfuerzos, mucha consagración y mucha voluntad. La batalla contra la ignorancia, es una de las más hermosas, pero también de las más rudas y terribles. Inútil es demostrar su importancia, su gran trascendencia, su especial significación para el presente y el porvenir nacional. Todos la conocemos. Y es por eso que merece condenarse en nuestros espíritus ese fraseologismo efectista, ese amor á la vaguedad retórica y á las discusiones bizantinas; mientras un pueblo entero sumido en la obscuridad de la ignorancia tenga el derecho de exigirnos el supremo bien de su liberación intelectual.

RAIMUNDO MORALES DE LA TORRE.

1907.

Qué signo haces?.....

Que signo haces, oh Cisne, con tu encorvado cuello
al paso de los tristes y errantes sonadores?
Por que tan silencioso de ser blanco y ser bello
tiránico á las aguas é impasible á las flores?

Yo te saludo ahora como en versos latinos
te saludara antaño Publio Ovidio Nasón
los mismos ruiseñores cantan los mismos trinos,
y en diferentes lenguas es la misma canción.

A vosotros mi lengua no debe ser extraña
á Garcilaso visteis acaso alguna vez.....
Soy un hijo de América, soy un nieto de España
Quevedo pudo hablaros en verso en Aranjuez

Cisnes, los abanicos de vuestras alas frescas
den á las frentes pálidas sus caricias más puras
y alejen vuestras blancas figuras pintorescas
de nuestras mentes tristes las ideas oscuras.

Brumas septentrionales nos llenan de tristezas,
se mueren nuestras rosas se agotan nuestras palmas,
casi no hay ilusiones para nuestras cabezas
y somos los mendigos de nuestras pobres almas.

Nos predicán la guerra con águilas feroces,
gerifaltes de antaño revienen á los puños

más no brillan las glorias de las antiguas hoces
ni hay Rodrigo, ni Jaimes, ni hay Alfonsos ni Nuños.

Faltos de los alientos que dan las grandes cosas
que haremos los poetas sino buscar los lagos?
A falta de lares son muy dulces las rosas
y á falta de victorias busquemos los halagos

La América española como la España entera
fija está en el oriente de su fatal destino;
yo interrogo á la Esfinge que el porvenir espera
con la interrogación de tu cuello divino.

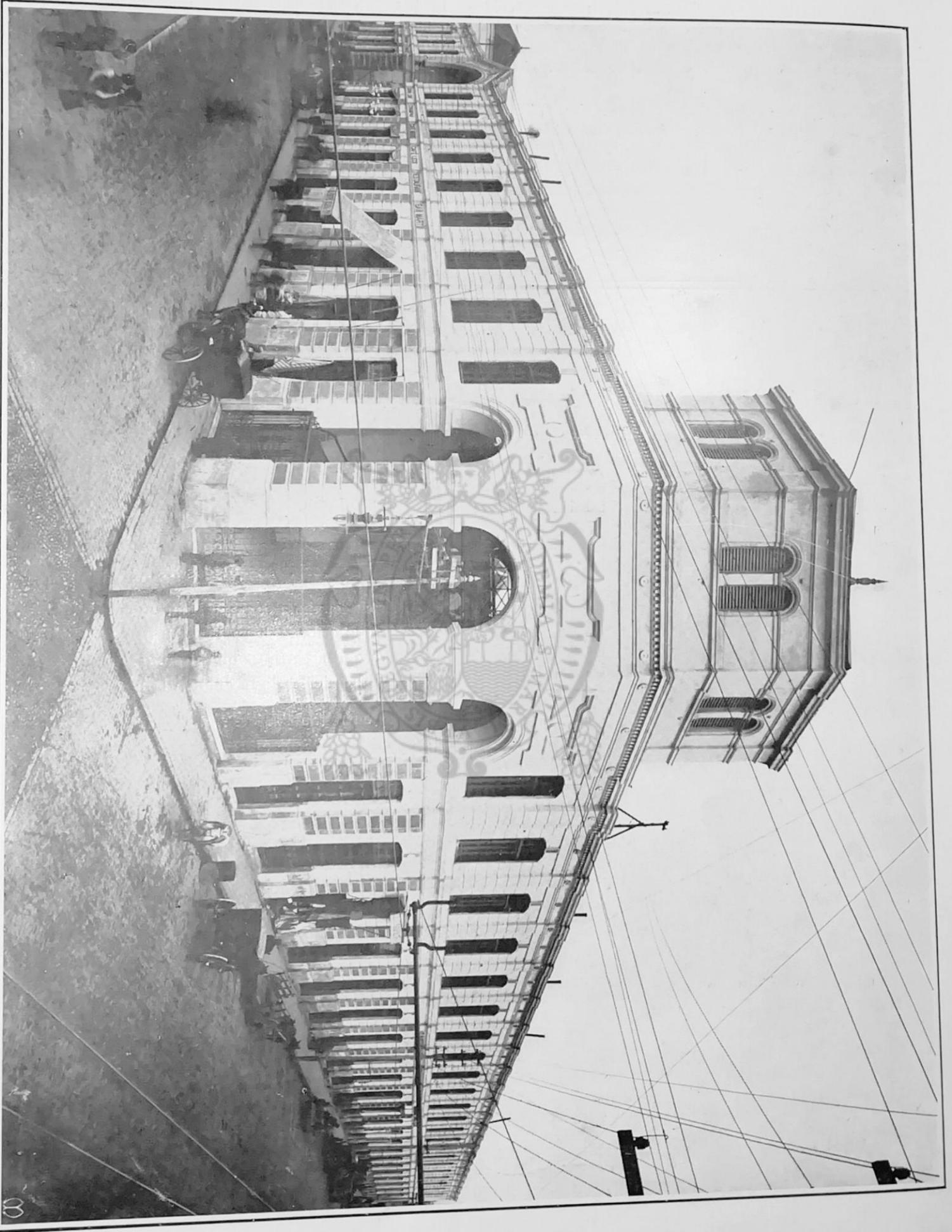
¿Seremos entregados á los bárbaros fieros?
Tantos millones de hombres hablaremos inglés?
Ya no hay nobles hidalgos ni bravos caballeros?
Callaremos ahora para llorar después?

He lanzado mi grito, Cisnes, entre vosotros
que habéis sido los fieles en la desilusión,
mientras siento una fuga de americanos potros,
y el estertor postrero de un caduco león....

....Y un Cisne negro dijo:—«La noche anuncia el día»
Y uno blanco:—La aurora es inmortal! la aurora
es inmortal!—Oh tierras de sol y de armonía
aun guarda la Esperanza la caja de Pandora!

RUBÉN DARÍO.



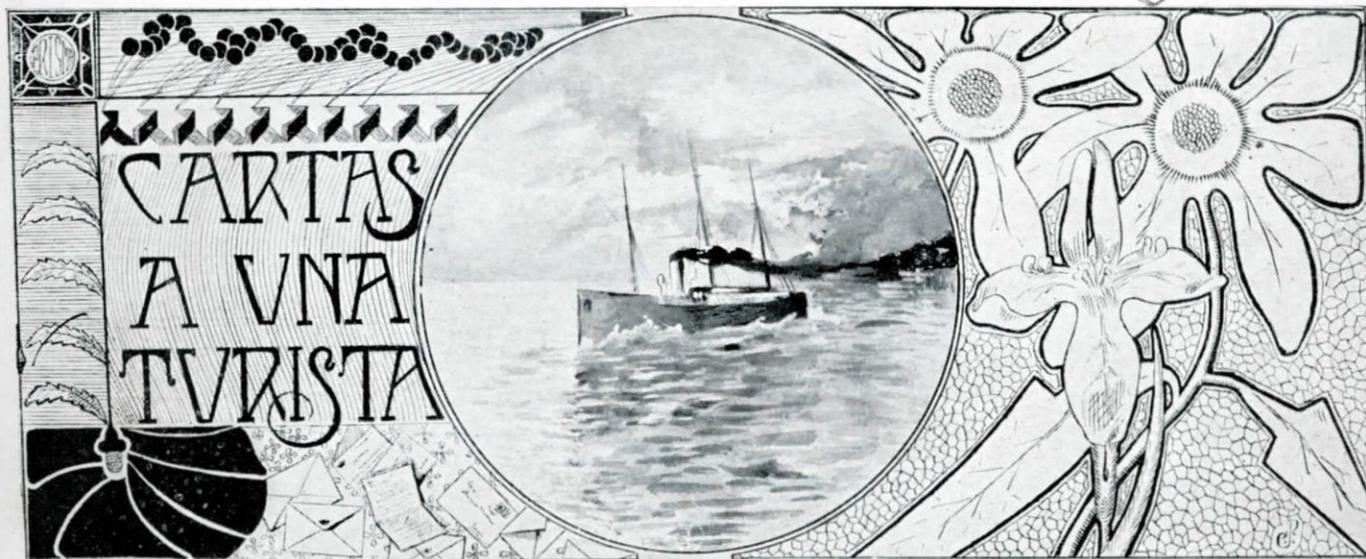


Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América

Mercado de la Concepción en Lima

Foto. Moral

3



¿Qué enojosas melancolías oscurecen la limpidez de tu almita blanca? ¿Por qué tu última epístola no es, como las anteriores, el ditirambo gozoso que tu rica juventud entona á las cosas nuevas, á los paisajes variados, á las impresiones frescas? Tierna y delicada sensitiva, ¿qué vientecillos de contrariedad doblegan tu corola lozana? Felizmente, hay en tu corazón mucha fé y muchas ilusiones que no permiten anidar en él al ave sombría de la tristeza y estoy cierta de que, á las pocas horas de escribirme, habrían desaparecido tus infundadas penas de niña mimada; pero aunque la causa de un sufrimiento sea imaginaria, no deja de ser real su doloroso efecto y por eso creo que era una honda y sincera nostalgia la que te hacía decirme: «No te imaginas con euenta ternura recuerdo nuestros paseos vespertinos entre la doble hilera de palmeras enanas y jazmines en flor de tu patio de mosaicos, animado por los juegos de los niños y la risa melodiosa de tus hermanas. Me hacen falta, Araceli, los afectos sólidos, las conversaciones íntimas, las casas amigas, todo lo que es mío, todo lo que es Lima; háblame de ella!» He pensado que el mejor modo de complacerte es mandarte cuantos periódicos ilustrados han caído en mis manos y por este mismo correo los recibirás en paquete certificado.

Cuando el cansancio que aqueja á una viajera elegante que emplea el día en recorrer almacenes, probarse un vestido donde Paquin y hacer dos ó tres visitas antes del acostumbrado paseo por el Bosque, te obligue á quedarte en la confortable salita del *Terminus* que conozco gracias á tu *Kodak*, aproxima á la estufa tu mullida *chaise-longue* y á los reflejo de la bomba sonrosada que sostiene una pastora de bronce, hojea las revistas que te envió.

La más antigua es *Actualidades* que, haciendo honor á su nombre, trae siempre el suceso reciente, la nota palpitante, el dato curioso sobre el héroe del día; un artista de pura cepa, Teófilo Castillo, ilustra sus páginas satinadas con rasgos sugestivos y originales y un ingenioso *croniqueur* nos relata, con fina ironía, las cosas que pasan ante sus ojos observadores y burlones.

Prisma, una de las más lujosas publicaciones sud-americanas de este género, une á un selecto material literario todos los primores de las artes gráficas. Por ser el amable correo de estas cartas no lo elogio como merece y me limito á hacerte notar la delicada tricromía en que la *Gitanilla* del maestro Hernandez sonrío, entornando los ojos gachones y apoyando en unas rosas rojas la carita morena.

Monos y Monadas debe su creciente prosperidad á la musa fácil y retozona de Yerovi y al lapiz genial de Málaga. El sentido cómico y el seguro dibujo de este joven hacen que su viaje á Buenos Aires sea muy sentido por los que le juzgan irremplazable en el satírico semanario.

Ya comprenderás cuanta firmeza en la iniciativa y cuanta perseverancia en la labor son necesarias para que estas revistas vivan y triunfen. Lima puede enorgullecerse de estos valerosos paladines de su cultura que marchan á paso de vencedores por el camino que ha abierto un honrado esfuerzo.

Inquieta golondrina, ¿habrás tendido ya tu vuelo lejos de París? Quizás si esta carta te encuentre en la Suiza de los lagos azules, en la Italia amada de los artistas, en la España caballeresca y legendaria, donde quiera que vayas á admirar lo ajeno, sintiendo la noble añoranza de lo propio.

ARACELI.





Traducido para PRISMA

REGNIER GRIMALDI, señor de Mónaco había conquistado Londres para el rey de Francia, y de regreso á sus estados por jornadas cortas á través del ducado de Borgoña y el reino de Provenza, hizo alto en Avignón. Nuestro Santo Padre el Papa estableció allí su corte con gran contentamiento de cantores de baladas, sonetistas, mimos, danzantes y trovadores. Entre estos individuos de los llamados compañeros de la Gaya Ciencia, se encontraba un tal Galeas Alesti, florentino de origen y poeta de ocasión, que en la noche, en la mesa de Su Santidad, se puso á celebrar, ayudándose de la mandolina, la hermosura de una genovesa incomparable y ya famosa en la Provenza y en las Marcas italianas por su cabellera suave, abundante y rubia, el más maravilloso vellocino de mujer que se hubiera visto jamás en las costas del Mediterraneo desde la cabellera de Santa María Magdalena, que, como todos saben, es la patrona de lo Provenza y reposa en la gruta del Santo Bálsamo, en las soledades perfumadas del valle de Aups, á mitad del flanco del Pilón.

Isabel Asinari era el nombre de la gentil belleza diademada de rojo, como el duque Aquiles, según los versos del florentino:

...y que llevaba sobre el blanco seno
el esplendor del sol, como aureo manto....

según añadía cierto rondel de un trovador turanio; un

pequeño histrión del Languedoil, extraviado y venido no se sabe como á la corte de los Papas. En breve esta Isabel Asinari hacía delirar á todos los rascadores de cuerdas y cazadores de quimeras del palacio de Avignon. Su nombre y su elogio saltaba de todas las bocas, y el señor de Mónaco como todos buen provenzal, ferviente devoto de Santa Magdalena, intrigado por esta Asinari rival en cabellera de la pecadora convertida por Nuestro Señor, se sintió mordido de estraña curiosidad, quizá naciente amor, cuando supo que Isabel Asinari era una joven piadosa y discreta que vivía honestamente en Génova en casa de su padre, comerciante en hierro viejo, en el barrio del puerto.

Deseó conocer á esta doncella cuya cabeza estaba cubierta de oro rojo como la de un héroe de Homero; y con la venia de Su Santidad, abandonó Avignón en la noche, ganó lleno de impaciencia el puerto de Marsella, fletó una galera, pasó sin detenerse frente á la barra de Mónaco y cingló hacia Génova presa de viril fiebre de amor

Grimaldi encontró á la bella en la morada paterna hilando á la rueca. La casa del genovés daba sobre el puerto y la pequeña sala en que estaba la joven recibía la luz de una ventana de la que se veía el mar. Cuando el señor de Mónaco fué introducido á la habitación el azul del cielo y el de la bahía entraban por la

colocado en el marco se estremecía luminoso al beso de la brisa y del sol. La hija del genovés, de frente pura y menudo perfil permanecía inmóvil con los párpados cerrados, bajo el peso de su cabellera de oro rojo, y parecía una virgen de marfil por lo mate de su piel que resalta sobre el intenso azul del cielo en que flameaba la flor. Y Grimaldi encontró que los poetas no habían mentido.

No, el florentino no había mentido, ni el rondel del trovador turanio tampoco, ni ellos ni los otros. Fina y pálida con sus cabellos y sus largas pestañas inclinadas, Isabel Asinari era bella como la estatua de una santa engastada en el azul de un *vitral*, pero su *vitral* era el azul del Mediterráneo. Así, aureolada, sonriente, con los ojos entornados, se hubiera dicho que Isabel dormía; y Grimaldi, con el corazón palpitante, la miraba en silencio; cuando la bella hubo levantado lentamente los párpados, Grimaldi cayó de rodillas y saludó á la joven como un moro habría saludado la aurora, con la frente en las lozas y los brazos abiertos. Para Grimaldi una aurora se abría: la aurora del amor... Estuvo así un minuto que fué una eternidad... pero como Grimaldi era tan devoto de las santas como ferviente adorador de las bellas, pidió la mano de Isabel á su padre. Y como era un poderoso señor, de alta alcurnia é insolentemente rico, obtuvo el poderse casar al día siguiente con la bella hlandera de los cabellos dorados, que ruborizada desde las sienes al cuello, había dejado al impaciente Regnier que se comiera á besos las puntas de sus rosados dedos.

Fueron unas nupcias magníficas, cuyo esplendor asombró á la época; después de celebrada la boda Grimaldi llevó á su mujer á los peñascos de Mónaco. Los monaquenses saludaron deslumbrados, no obstante estar habituados á un sol radioso, el radioso advenimiento de la más rubia Princesa. Un dicho corrió por el país consagrando la belleza de la nueva señora.—La aurora de Génova se levanta ahora en Mónaco!—Regnier tuvo que volver á embarcarse al servicio de los Lyses de Francia y la rubia Asinari quedóse triste, frente al mar azulado, en la soledad embalsamada y florecida de cactus de su peñascal coronado de torres. Por enamorado que estuviera Grimaldi de su mujer era ante todo soldado del Rey, y se debía primero á la flor de Sys que al amor.

Ahora bien, durante una de esas cortas treguas, durante las cuales ingleses y franceses reparaban sus fuerzas, se encontraba el señor de Mónaco en París en el palacio de Madama la Reina y su corte de pajes y mignones y cortesanos adonisados, lustrados y olientes á finos perfumes con que rociaran sus jubones de espejeante seda. Era un certámen de hablaturías, de jactancias amorosas y de ostentosas vanidades. Y todos muy orondos de orgullo por sus éxitos, detallaban complacidos las bellezas maravillosas y secretas de sus amigas, encareciendo cada cual la de la suya, más vanos que mirlos y acariciándose con fatuidad la barba. Como Grimaldi un poco separado del grupo de vanidosos escuchaba con los labios apretados y melancólico todas esas fanfarronadas Madama la Reina le interpelló:

—¿Y tú Mónaco no tienes una bella de cuyos favores puedes vanagloriarte? Tú, tan valiente, vives tan sin amor en el corazón, que estas ahí con la mirada vaga y los labios cosidos? Como! No te gustan las damas? Sería cosa muy fea para un valiente como tu.

—Que podría responder á Vuestra Magestad!—respondió Regnier con un movimiento desdeñoso de cabeza.—En mi país las mujeres tienen en la cintura el cadencioso vaiven de la olas, el sol en la sonrisa y el azul cambiante del mar en los ojos. Yo soy de Provenza, Madama!

Y como notara que todos esos mirlos y papagayos cortesanos se burlaban de que enamorado de todas las mujeres de la Provenza no tuviera una para sí añadió fieramente volviéndose á ellos.

—La princesa de Mónaco, señores míos, es tan bella que para ir á conquistarla en Génova, á casa de su padre, vendedor de hierro viejo, fleté una galera en el puerto de Marsella; y aunque no había visto jamás á la doncella su reputación de belleza había atravesado el mar. La princesa de Mónaco es célebre en todas las costas de Provenza y de la Italia y entre otros tesoros y rarezas, jamás mujer alguna en el mundo poseyó más larga y más suave cabellera rubia, desde los tiempos de santa María Magdalena. Tal al menos la opinión de mi país azul. Ya lo sabéis, señores.

Madame la Reina quedó un poco picada de estas palabras, pues ella no estaba poco orgullosa de sus largos y suaves cabellos de oro.

—En verdad, Mónaco, que me has puesto curiosa por conocer esa famosa y magnífica cabellera. No podrías traerla á mi corte?

Grimaldi se levantó y dijo á la graciosa Reina:

—Los deseos de Vuestra Magestad son órdenes. Voy pues Madama á satisfacerlos.

Y haciendo un gran saludo abandonó el palacio en medio de un profundo y súbito silencio.

Estuvo ausente dos largos meses y los cortesanos cuya charlatanería y arrogancia había humillado decían:—Este Mónaco habrá encargado seguramente su princesa de cabellera de hada á alguna bruja de su país. ¡Que máscarar nos irá á traer! Alguna morenilla provenzaló alguna morisca comprada á los piratas.—Y las maledicencias seguían su curso, y ya Madama la Reina comenzaba á prestar oídos á los maliciosos dichos porque, aunque reina, era mujer y de humor alegre y burlón, cuando una hermosa tarde de Agosto, los heraldos de servicio anunciaron de pronto á Regnier Grimaldi.

La rubia Magestad se levantó vivamente en su trono. Mónaco estaba solo.

—Solo!—exclamó—te has burlado de nosotros, Mónaco!

Solo nó, porque dos pajes vestidos con los colores de su casa seguían á Grimaldi llevando un pesado cofre de hierro cubierto de un rico terciopelo carmesí de Venecia. Los pajes depositaron el cofre ante el trono y habiéndolo abierto Mónaco sacó una pesada y larga sierpe de seda dorada, luminosa y fluida, una madeja de oro vivo, una cascada de luz y de ambar perfumado, y todo el obscuro palacio pareció iluminarse.

Mónaco de pié peinaba esa madeja de claridad con sus dedos oscuros.

La Reina comprendió la idea de Grimaldi.

—Yo te había pedido la princesa y no su cabellera! Como has podido, Mónaco, cometer este sacrilegio, este asesinato, este crimen de lesa-belleza! Como has tenido el valor de rasurar los cabellos de tu mujer?

Grimaldi respondió entonces:

—Vuestra Magestad me había pedido que le trajera la cabellera y no la princesa. Desde luego la mujer es mía y para mí solo la guardo. Habéis deseado contemplar sus cabellos, señora, y ¿no he cumplido los deseos de mi dulce soberana?

Y como la reina con las manos juntas por el éxtasis,

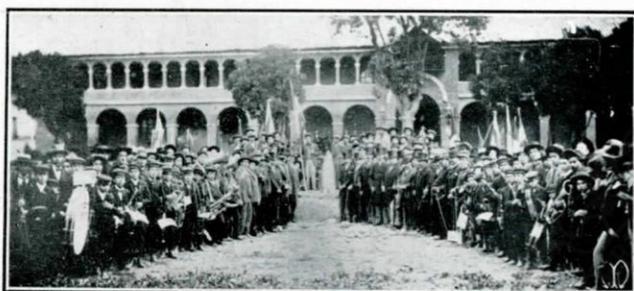
los ojos desmesuradamente abiertos y deslumbrados no cesaba de repetir:—Rasurar tales cabellos es un sacrilegio. Mónaco, un asesinato, un crimen de lesa-belleza!— la interrumpió el terrible hombre con tranquila fiereza.

—Tranquilícese Vuestra Magestad: no he cortado sino una de las trenzas!

JEAN LORRAIN.

DE PROVINCIAS

En el Cuzco que siempre ha sido escaso de agua se ha realizado recientemente una obra hidráulica que ha contribuido á aumentar la dotación de agua potable de la



Surtidor en la plaza del Regocijo

ciudad con las aguas de Chincheros conducidas á un surtidor situado en la plaza del Regocijo. Esta obra benéfica la llevó á buen término, cuando fué prefecto del Departamento, el doctor don Pedro P. Arana.



Ofrecemos una vista de los buenos padrecitos descalzos que forman la misión de Ocopa, encargada de encarrilar á los indios de los departamentos de Junín y Huancavelica por el sendero de las virtudes cristianas, á la par



La misión de Ocopa

que instruirles en los conocimientos más elementales para su mejoramiento moral é intelectual. Es muy loable la conducta de estos misioneros que en todo el vigor de la juventud se han consagrado á una obra civilizadora y provechosa, sin más recompensa que la de ver triunfantes sus esfuerzos con el aumento de la grey cristiana en regiones en las que, por su aislamiento y poco comercio con el mundo, esos esfuerzos pasan inadvertidos. Conviene, pues, en nuestras regiones indígenas multiplicar las misiones que, como las de Ocopa, están formadas por sacerdotes jóvenes, pues éstos son los que con mayor entusiasmo y energía pueden emprender la obra civilizadora de difundir en las ingenuas, á la par que supersticiosas almas de los pobres indios, la luz de la fe evangélica y por ella la esperanza de una regeneración de la humillada raza.



Mientras los padres de Ocopa conquistan adeptos á la religión, la juventud de Huancayo se divierte; la vista que publicamos representa una alegre cabalgata de va-



Paseo de jóvenes de Huancayo

rias bellas señoritas y distinguidos jóvenes de la localidad. Y que son bellas las huancayinas nadie lo pondrá en duda viendo á la hermosa y esbelta joven que cabalga en el blanco pollino.



Maniobras de la Guarnicion

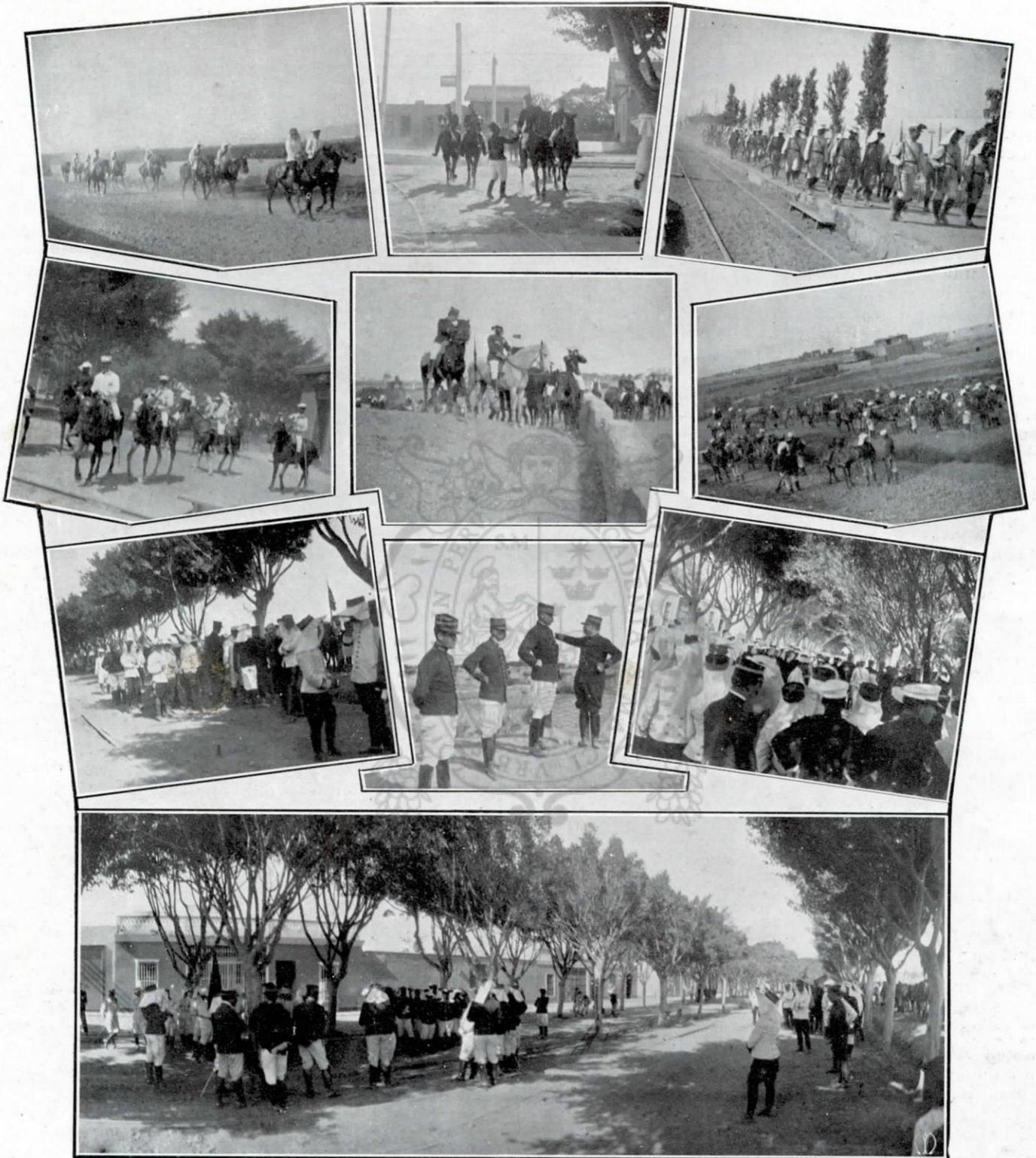


Foto. Lund

1 La caballería en exploración.—2 El director de las maniobras, comandante Larregain, hablando con el Jefe de E. M.—3 La infantería en marcha.—4 Oficiales dirigiéndose á la crítica.—5 El comandante González, jefe del partido B, dando órdenes.—6 Un alto horario de la Artillería.—7 Reunión de oficiales.—8 El General Clément y el Coronel D'Andrée observando las maniobras en La Falma.—9 La crítica: el comandante Larrosa Villanueva, jefe del partido A, haciendo su exposición.—Aspecto de la Avenida de Miraflores durante las maniobras.

EL "REAL FELIPE"

EL CALLAO—PLAZA FUERTE

I

Don Francisco de Borja y Aragón, Príncipe de Esquilache, fué el primer virrey que se preocupó de la defensa del puerto de la ciudad, que, según dice, era nula; y en 1618, y por iniciativa del ayuntamiento de Lima, constituyó el Callao en presidio ó sea plaza fuerte con guarnición militar.

En 1621, cuando dejó el mando el Príncipe, quedaba el Callao defendido por una batería de seis cañones, otra de siete y una guarnición de cinco compañías de trescientos hombres cada una. En la mar se hallaban los navíos «Nuestra Señora de Loreto», la capitana, con cuarenta y cuatro cañones; «San José» con treinta y dos; el «Jesús María», con treinta piezas; el «San Felipe y Santiago» con dieciseis; el patache «San Bartolomé» con ocho cañones y dos lanchas con dos piezas cada una.

En 1624 el virrey marqués de Guadalcázar la rodeó de una muralla, que fué destruída en 1630.

Según el padre jesuita Bernabé Cobo, tan minucioso y exacto en sus datos, la defensa del Callao, en 1629, consistía en «tres plataformas en la playa delante del puerto, en las cuales y en otros sitios convenientes había cuarenta piezas de artillería todas de bronce, de las cuales son las ocho culebrinas reales, un castillo á un cuarto de legua del pueblo, que labró el virrey marqués de Guadalcázar con doce piezas, y una compañía de soldados; una armada real de seis naos de guerra, bien artillados, los dos pataches y los cuatro galeones». La nave capitana era de 600 toneladas, con 44 cañones de bronce, y capaz de llevar de ciento cincuenta á doscientos soldados, aparte de sus oficiales, marineros y artilleros.

Agrega que en otro tiempo guardaban el puerto dos galeras reales, pero que en 1629 solo había «tres galeras pequeñas, ocho grandes lanchas y una chata tan grande que era un castillo portátil artillado de culebrinas reales y cañones de batir que solo ella basta para no dejar pasar naves enemigas en el puerto.»

«Toda la gente de esta armada que está á sueldo del Rey, sin los soldados, pasa de quinientos hombres; toda la artillería de ella y la de los fuertes y castillos es fundida en Lima.....»

Armada y soldados estaban bajo el comando del General de la mar que ejercía jurisdicción sobre todos los individuos pertenecientes á la guarnición y á la marina.

II

En 1640 el virrey marqués de Mancera emprendió la obra de fortificar el Callao y artillarlo convenientemente, á fin de ponerlo en un pie de defensa capaz de rechazar con ventaja, cualquier ataque de los enemigos de España ó de los piratas.

Esta obra terminada en el año de 1647, fué perfeccionándose sucesivamente, de modo que en 1686, todavía se labraba y trasportaba piedra de la isla de San Lorenzo para la muralla de la ciudad del Callao.

He aquí la descripción que de las fortificaciones hace el padre agustino Bernardo Torres.

«Sus fortificaciones en distintos tiempos han tenido formas diferentes: castillos, fuertes, plataformas y trincheras, hasta que el magnífico señor don Pedro de Toledo y Leyva, marqués de Mancera, virrey de estos reinos las redujo todas al mejor arte y á la mayor virilidad y fortaleza, coronando el pueblo con una inexpugnable mu-

ralla de terraplén, con su camisa de piedra y cal, parapeto y banquetta según el arte de fortificación más moderno que sirve de reparo á las inundaciones del mar y de terror á las armadas enemigas».

«La frente de la muralla á la marina se compone de cinco baluartes guarnecidos de reforzada artillería de bronce, culebrinas reales, cañones de batir y medios cañones, según los parajes y distancias con sus traveses que se resguardan unos á otros y á las cortinas que los dividen y todos los demás adherentes necesarios para una fuerza real bien municionada y proveída. En medio de la cortina principal de la marina con hermosa proporción, se muestra una puerta real magníficamente labrada de sillares de piedra berroqueña, cuya elegante fábrica en la muralla airoosamente se descuella. El recinto de tierra tiene ocho baluartes, capaces de 20 piezas cada uno y una grande puerta en un través que sale á la boca del camino real, coronado de un homenaje, y otras dos puertas menores en medio de dos cortinas defendidas de dos traveses, que todo junto unido y trabajado con el recinto de la marina, rodea poco menos de una legua española. No tiene foso porque no lo sufre la tierra que, en partes á poco trecho da en agua, pero puede suplirle su falta con la entrada encubierta».

Sin embargo Frezier encontraba el todo de albañilería poco sólido por lo mal hecho.

Desde el año 1724 hasta el de 1736 los virreyes se preocuparon de fortificar aún más el Callao.

Armada y fortificaciones desaparecieron en 1746 y de entre las ruinas se resogieron 118 cañones de bronce, 119 de fierro y diez mil balas de cañón que habían de servir para la nueva fortaleza.

III

El terremoto de 28 de octubre de 1746, arruinó la ciudad del Callao, sepultándola bajo las aguas de la inmensa ola que solo dejó vestigios del sitio en que se levantaba, y, como consecuencia, la ciudad de Lima quedó sin defensa y á merced, su puerto, de los ataques enemigos.

Apenas el virrey Manso de Velazco hubo remediado, en lo posible, los efectos de la espantosa catástrofe, pensó en reconstruir la desaparecida fortaleza, así como los almacenes fiscales y la población, en lugares en donde se hallasen libres de futuras inundaciones.

El ocho de noviembre se constituyó personalmente en el lugar en que existió el presidio, en compañía de Don Luis Godin, miembro de las reales academias de Francia é Inglaterra, y catedrático de Prima de Matemáticas de la Real Universidad de Lima, y el 10 le ordenaba le informase sobre el particular.

Opinó Godin que sobre las ruinas del antiguo presidio en la parte norte que era la más ancha y elevada, se levantase la fortaleza, en proporciones más reducidas, más alejada de la playa, y en forma exagonal, así la defensa sería más eficaz, pues cuatro de sus baluartes, con cañones de presidio, defendería el semicírculo que forma el puerto, desde el cabezo de la isla hasta Carabayllo; y los otros dos protegerían la mar brava al sur y la parte de tierra al este.

Para las bodegas señaló como el sitio más á propósito el llamado Piti-piti (el nuevo) habilitando un canal en el cancel del río. «Con esta providencia, dice Godin, se cargarán los navíos y se descargarán por sus propios «botes y lanchas y las chatas del río con el solo trabajo

«de trasportar del río al mar ó del mar al río los efectos, «esto en distancia de pocas varas.».....

Visto el proyecto en junta de Real hacienda, se pidió informe al Cabildo de la ciudad, en 14 de noviembre, el que al emitirlo el día siguiente no tuvo sino palabras de aplauso para la obra proyectada.

IV

Si el Virrey urgía porque el estudio se hallase expedito, á fin de ponerlo en obra, no era persona capaz de sacrificar á la brevedad del tiempo, la seguridad, resistencia y eficacia de la fortaleza.

A fin de obtener tales condiciones hizo venir á Lima á don Joseph Amich, perito en matemáticas y fortificación, y le encomendó el estudio del asunto, sobre el terreno, y con vista del verificado por Godin.

Ya éste, en un informe complementario que había dado el 23 de noviembre, insinuaba que la forma de la fortaleza podía ser también la de un pentágono regular, ganando con ello menor costo y menor terreno.

Amich convino en lo esencial respecto de la forma de la fortaleza, pero discrepó en cuanto al sitio señalado para instalar las bodegas.

No le bastó este trabajo al celoso virrey y sabiendo que se hallaba en la ciudad don Juan Francisco Rossa, «inteligente en matemáticas y fortificaciones», le ordenó que presentara un proyecto de la obra; y, en su informe, emitido en 18 de diciembre de 1746, apoyó francamente el trazo y situación que daban á la fortaleza Godin y Amich.

Por mandato superior se reunieron dos días después en el puerto, el virrey, los tres ingenieros ya mencionados, el jefe de escuadra señor marqués de Ovando, el Maestre de campo del puerto; el General de la artillería don Estevan Ferrer; don Estevan de Urizar, provisto Sargento Mayor del Presidio, y el capitán de infantería de él don Josef Hurtado, y reconocieron y midieron el terreno. Allí, el marqués de Ovando presentó un proyecto suyo, que fué sometido al estudio de Godin, Amich y Rossa, quienes no lo apoyaron.

Por fin en junta del Real acuerdo de 29 de diciembre que presidió el virrey con asistencia de los oidores de la Real Audiencia y algunos jefes del ejército, se decidió la construcción del fuerte con arreglo á los planos de Godin, Amich y Rossa, y en otro acuerdo real de justicia, de la misma fecha, con asistencia del Regente y Contador del tribunal de Cuentas y un oficial de las cajas reales, se resolvió que los oficiales reales pagasen el dinero necesario para iniciar la obra.

Para el cuidado de la distribución de los caudales, Manso de Velasco nombró al oficial real don Manuel Saenz de Ayala á quien reemplazó con don Francisco Valentín de Alduris.

Sargento Mayor interino del Presidio, para reorganizar la guarnición, fué nombrado en 4 de enero de 1647, el ayudante mayor del regimiento de Portugal, y director de la obra don Joseph Amich.

V

El 18 de enero de 1747 se hallaba lista una planchada ó batería con diez piezas de artillería recojidas de entre las ruinas á la que se llamó de San Miguel.

Esa batería saludó el 21 de enero, el primer golpe de pico que el virrey, en persona, dió en el suelo del Callao para abrir el foso en donde habían de echarse los cimientos de la nueva fortaleza, y el 1º de agosto del mismo año, celebró con el tronar de sus disparos la colocación de la primera piedra en el baluarte Santiago.

Cedo aquí la palabra á Llano y Zapata:

«El 1º de agosto de 1747, precedido de todas las ceremonias que el ritual romano previene para funciones de «esta clase, puso el virrey la primera piedra al baluarte «Santiago, en la nueva ciudadela del Callao, cuyo frente «mira al mar, y en una caja que también se puso en el «expresado lugar, se depositaron todas suertes de monedas selladas con el nombre de nuestro Rey el señor don «Fernando VI, y encima una lámina de plata con la siguiente inscripción:

D. O. M.

«Reinando La Magestad del Señor Don Fernando VI, «Gobernando estos reinos el excelentísimo señor don

José Manso de Velasco.

«Se puso la primera piedra á esta muralla de la nueva ciudadela del Callao á 1º de agosto 1747.

«O. H. et. G»

«La nueva ciudadela del Callao tiene de circunferencia longitudinal 1882 varas, en la forma siguiente: La «cortina que mira al mar 166 varas, los flancos que siguen á ésta de uno y otro lado noventa, los frentes 132, «los flancos que finalizan los dos baluartes de la vista «del mar, 70. Y guardando el método de tomar las distancias, de uno y otro lado hasta su finalización, siguen «dos cortinas iguales, que contienen 250 varas; sus flancos 70; sus primeros frentes 168, sus segundos 168, y «sus flancos 70. Después siguen dos cortinas hermanas «con 300 varas; sus flancos con 78 y los frentes que cierran la figura con 134 que hacen las 1882 varas. Los cimientos tienen de profundidad dos varas en algunas «partes; en otras, vara y media, y de latitud 4'».

«En octubre de 1747 estaba ya perfectamente hecha «la excavación de la ciudadela y levantadas cerca de 3000 varas cúbicas de cimiento hasta la superficie plana y en «el centro de esa circunferencia todas las oficinas necesarias como casas de oficiales, cuarteles de soldados, «almacenes de aprestos y ataranzas, con una maestraza «arreglada para la fábrica de cureñas.»

«En la ciudadela se colocaron 188 cañones de bronce «y 124 de fierro desenterrados de las ruinas y sacados de «la fragata de guerra «San Fermín» de 30 cañones, que «fué arrojada por el mar al S. E. de la ciudad; así como «1,000 balas de cañón y 18 anclas de todos tamaños buscadas y encontradas dentro de las aguas.»

ANÍBAL GALVEZ.





Callao. — En los baños de la Victoria y de la Salud
 Universidad del Perú. Decana de América

Fot. Lund

LA MUSA DE LA CERVEZA

Aguila es mi cerveza, tipo *Dorada*,
para engañar la vida bebo cerveza,
su lúpulo mezclado con su cebada
tiene amor, alegría, gracia y belleza.

La sangre se atempera con su fermento
el pulso se sosiega con su frescura
y en calma las arterias y el pensamiento
los ojos se reposan en su hermosura.

Vertida en rutilantes vasos profundos,
finge cristal precioso que burbujea,
genesis esplendente lleno de mundos
donde el sol se hace chispas y centellea.

Cuando su hervor estalla con fuerza suma,
una visión el vaso lanza sonoro
con ojos de topacio, labios de espuma,
y frente chorreante de rizos de oro.

Es la *musa dorada* de la cerveza,
tembladoras burbujas forman su risa,
y hecha está la mantilla de su cabeza
con claveles pajizos que el sol irisa.

Andaluza parece y es alemana
arabe, inglesa, egipcia, rusa y hebrea;
cruza al pie del Vesubio y es italiana;
por las tierras de Cristo, y es galilea.

Es popular y alegre como una copla,
á los reyes iguala con los vasallos,
y, en un búcaro ha visto Constantinopla
tras las rejas doradas de los serrallos.

Sus átomos son letras burbujeantes
que entienden cuantas razas alumbra el día
y su verbo de pompas tonificantes
trama collares de hombres con alegría.

En Nueva York grandioso como en Atenas
en París esplendente como en la Nubia,
triunfan sus aureas gotas de vida plenas
y su espuma que es blonda de seda rubia.

Lo mismo da en los vasos susurradora,
dentro de un patio alegre de Andalucía,
que con ella el Egipto sus labios dora,
en las noches de fuego de Alejandría.

Acaso un rey-artista va entre arenales
llevando por remotos itinerarios
su hastío que conducen en sillas reales
entre asiáticas pompas los dromedarios;

y al sentir ya los labios cual ascuas vivas
el rey por un capricho de su riqueza,
bebe las gotas de oro que van cautivas
en el cosmos dorado de la cerveza.

Quizás también en suelos alcatifados,
y encima de almohadones de sedas vanas,
tiene el Sultán los ojos encandilados
en un baile de hebreas y circasianas:

En una pipa larga como serpiente
fuma el fino tabaco que Arabia cría,
y el humo va á borrarse languidamente
en los muros pintados por la alegría;

y cuando en sed la sangre quema su boca,
pide á un eunuco negro rubia cerveza,
cuyo tapón tronante vibrando choca
en los techos calados por la belleza.

Donde quiera que al aire salta profusa
lanzando un taponazo recio y sonoro,
allí sale del vaso la rubia musa
con la faz entre un marco de bucles de oro.

Ella pisa la esclava triste Polonia
y el calcinado suelo de Fez ardiente:
en el nombre de Irlanda besa á Bolonia;
en el nombre del Norte besa al Oriente.

Cosmopolita errante mira mil soles
al desbordar la aurora de sus cristales;
en el Japón salpica los quitasoles,
en Persia los tapices de oro y torzales.

Si enlazando naciones va furibundo
el tren vertiginoso, con más presteza
va uniendo corazones por todo el mundo
la espuma detonante de la cerveza

Alzad la rubia copa todos sus fieles,
cuantos moveis los hilos en los telares,
cuantos pulzais las liras y los cinceles,
cuantos alzais las hostias en los altares.

Los que esgrimís la azada que el brazo abruma
los que, puras las almas; dictáis las leyes
y en alto ya la copa llena de espuma
por vasallos y nobles, pobres y reyes,

juremos que tejidos con fe de hermanos
nadie logre inspirarnos odio iracundo;
¡y un collar formaremos con nuestras manos
como un gigante abrazo que abarque el mundo!

SALVADOR RUEDA.



LUCIFER

E si compiacque tanto Spinello di farlo orribile e contrafatto, che si dice (tanto può alcuna fiata l'immaginazione) che la detta figura da lui dipinta gli apparve in sogno, domandandolo dove egli l'avesse veduta si brutta ...
(Vite de' piú eccellenti pittori, da M. Giorgio Vassari.—Vita di Spinello.)

El Tafi, pintor y mosaísta florentino, tenía gran miedo á los diablos, singularmente á esas horas de la noche en que es permitido á las potestades del mal imperar en las tinieblas. Y los temores del Tafi no eran infundados, pues los demonios tenían entonces motivos para odiar á los pintores, que les arrancaban más almas con un solo cuadro que cualquier buen frailecito en treinta sermones. En efecto; para inspirar á los fieles un temor saludable, el fraile les describía lo mejor posible el día de la cólera, que ha de reducir á polvo los siglos, según los testimonios de David y de la Sibila. Y para imitar la trompeta del ángel, ahuecaba la voz y soplabá en sus manos, formando bocina para imitar la trompeta del ángel. Pero todo esto se lo llevaba el viento. Mientras que una pintura colgada en el muro de cualquier capilla ó claustro representando á Jesucristo sentado para juzgar á los vivos y á los muertos, hablaba sin cesar á la vista de los pecadores y corregía por los ojos á los que habían pecado por los ojos ó de otra manera. Era el tiempo en que algunos hábiles maestros representaban en la Santa-Croce de Florencia y en el Camposanto de Pisa los misterios de la justicia divina. Estas obras estaban trazadas, según el relato en rima que Dante Alighieri, hombre sapientísimo en Teología y Derecho canónico, hizo de su viaje al infierno, al Purgatorio y al Paraíso, donde por los méritos extraordinarios de su dama pudo penetrar en vida. Todo, pues, en estas pinturas era instructivo y verdadero, y puede afirmarse que se obtiene menos provecho leyendo una extensa crónica, que contemplando tales cuadros. Y los maestros florentinos se complacían en pintar á la sombra de los bosques de naranjos, sobre la hierba esmaltada de flores, damas y caballeros á quienes la muerte acechaba con su guadaña, mientras que ellos platicaban de amor al son de laúdes y violas. Nada era tan adecuado para convertir á estos pecadores carnales, que bebían el olvido de Dios en los labios de las mujeres. Para escarmiento de avaros, el pintor representaba al natural á los demonios, derramando oro derretido en la boca del obispo ó de la abadesa que le había encargado algún trabajo y pagádoselo mal. Por esto los demonios eran entonces enemigos de los pintores, y especialmente de los pintores florentinos, que superaban á los demás por la sutileza del espíritu. Recriminábanles, sobre todo, que los representasen en forma horrorosa, con cabezas de pájaro ó pez, cuerpos de serpiente y alas de murciélago. Su rencor quedará manifiesto en la historia de Spinello.

Spinello Spinelli, de Arezzo, procedía de una noble familia de florentinos desterrados. La gentileza de su ingenio igualaba á la de su nacimiento, pues fué el más hábil pintor de su tiempo. En Florencia ejecutó grandes trabajos. Los pisanos, á la muerte de Giotto, le suplicaron que ornamentase los muros de aquel santo claustro en que los muertos reposaban bajo rosas florecidas en tierra transportada de Jerusalén. Pues bien; habiéndolo trabajado mucho por las ciudades y ganado bastante dinero, quiso tornar á ver la buena ciudad de Arezzo, su madre. Los aretinos no habían olvidado que Spinello, inscrito durante su juventud en la cofradía de Santa María de la Misericordia, había visitado á los enfermos y enterrado á los muertos mientras duró la peste de 1383.

También le estaban agradecidos de haber difundido con sus obras la gloria de Arezzo en toda Toscana. Por esta razón le recibieron con grandes honores. Pletórico de fuerzas en su edad madura, se encargó de ejecutar grandes trabajos para la ciudad. Su mujer le decía:

—Eres rico. Descansa, y deja que los jóvenes trabajen en tu lugar. El reposar es prudente cuando declinan los años. Conviene rematar la vida en una calma dulce y piadosa. Es tentar á Dios erigir sin tregua obras profanas como nuevas Babeles. Spinello, si te obstinas en tus ingredientes y colores, perderás la paz del espíritu.

Así habló esta buena mujer. Pero nó la escuchó. El sólo pensaba en acrecentar sus bienes y su renombre. Lejos de tomar reposo, ajustó con los mayordomos de Sant'Agnolo una historia de San Miguel, que debía cubrir el coro de la iglesia y contener un sinnúmero de personajes. Con maravilloso ardor se lanzó en esta empresa. Releyendo los pasajes de la Escritura en que debía de inspirarse, estudiaba profundamente cada línea y cada palabra. No satisfecho con dibujar todo el día en su estudio, trabajaba también en el lecho y en la mesa. Y por la tarde, mientras paseaba al pie de la colina donde está erigida Arezzo, orgullosa de sus murallas y de sus torres, seguía meditando. Y puede afirmarse que la historia entera del Arcángel estaba Pintada en su cerebro cuando empezó á esbozar los motivos principales, al lápiz rojo, sobre el reboco de la pared. Poco tiempo necesitó para trazar los contornos; luego se puso á pintar sobre el altar mayor de la escena que había de ofrecer más esplendor que las otras. Pues era necesario glorificar en ella al jefe de las milicias celestiales por la victoria que obtuvo antes del comienzo de los tiempos. Spinello representó, pues, á San Miguel combatiendo en los aires á la serpiente de siete cabezas y diez cuernos, y tuvo el capricho de pintar en la parte inferior del cuadro al príncipe de los demonios, Lucifer, con la apariencia de un monstruo espantoso. Las figuras brotaban espontáneamente bajo su mano. Y llegó más allá de lo que esperaba: el rostro de Lucifer era tan horrible, que nadie podía sustraerse á la fuerza de su fealdad. Este rostro persiguió al pintor por la calle y le acompañó hasta su casa.

Llegada la noche, Spinello se acostó en su lecho, al lado de su esposa, y durmió. Durante el sueño vió á un ángel tan hermoso como San Miguel, pero negro. Este ángel le dijo:

—Spinello, soy Lucifer. ¿Dónde me has visto para pintarme como lo has hecho, con aspecto tan ignominioso?

El viejo pintor le respondió temblando que nunca le había visto con sus propios ojos, no habiendo ido vivo al infierno como Dante Alighieri; pero que al representarle cual lo hizo quería significar con rasgos sensibles la fealdad del pecado.

Lucifer se encogió de hombros, y hubiérase dicho que la colina entera de San Geminiano se conmovió súbitamente.

—Spinello—dijo—; ¿quieres hacerme el obsequio de discutir un poco conmigo? Yo soy bastante buen lógico, y Aquel á quien rezas lo sabe perfectamente.

No obteniendo contestación, Lucifer prosiguió en estos términos:

—Spinello; has leído los libros que me dan á conocer. Sabes mi aventura y cómo salí del cielo para convertirme en el príncipe del mundo. Ilustre empresa, que sería única si los gigantes no hubiesen atado de igual suerte á Júpiter, como has tenido ocasión de ver, Spinello, en una tumba antigua, donde esa guerra está esculpida en mármol.

—Es cierto—dijo Spinello—; he visto esa tumba en forma de cubo en Santa Reparata de Florencia. Es un hermoso trabajo de los romanos.

—Y, sin embargo—replicó Lucifer sonriendo—, los gigantes no están representados en esa obra al modo de ranas ni camaleones.

—Tampoco—dijo el pintor—habían atacado al verdadero Dios, sino á un ídolo de los paganos. Esto es muy de tenerse en cuenta. El hecho cierto, Lucifer, es que habéis tremolado el estandarte de la rebeldía contra el Rey verdadero de cielo y tierra.

—No lo niego—respondió Lucifer—. ¿De cuántas clases de pecados me cargas por ese delito?

—Se os puede cargar muy bien con siete—respondió el pintor—y todos capitales.

—¡Siete!—dijo el Angel de las Tinieblas—. El número es teológico. Todo va por siete en mi historia, que está estrechamente relacionada con la del Otro. Spinello, tú me tienes por orgulloso, colérico y envidioso. Yo consiento en serlo, á condición de que reconozcas que sólo la gloria me causa envidia. ¿Me tienes por avaro? También lo tolero. La avaricia es una virtud en los príncipes. Cuanto á la gula y á la lujuria, si de ellas me tachas, no por eso me ofenderé. Queda la pereza.

Al pronunciar esta palabra, Lucifer cruzó los brazos sobre su coraza, y sacudiendo la cabeza sombría, agitó su cabellera inflamada.

—Spinello, ¿crees sinceramente que soy perezoso? Me crees muelle, Spinello? ¿Juzgas que en mi rebelión

me faltó valor? No. Era, pues, justo que me pintases con los rasgos de un audaz, con enérgico semblante. No se debe hacer agravio á nadie, ni siquiera al diablo. ¿No ves que ofendes al que rezas cuando le das por adversario á un sapo monstruoso? Spinello, eres demasiado ignorante para tus años. Tentaciones siento de darte un buen tirón de orejas como á cualquier mal escolar.

Al oír esta amenaza, y viendo ya el brazo de Lucifer extendido hacia él, Spinello se llevó la mano á la cabeza y empezó á dar alaridos de espanto.

Su buena mujer despertó sobresaltada, y le preguntó qué le sucedía. Castañeteando los dientes, le respondió que acababa de ver á Lucifer y que había temblado por sus orejas.

—Ya te había dicho yo—le respondió la buena persona—que todas esas figuras que te obstinabas en pintar sobre los muros acabarían por volverte loco.

—No estoy loco—dijo el pintor.—Le he visto, y por cierto que es hermoso, aunque triste y hosco. Mañana borraré la figura horrible que he pintado, y pondré en su lugar la que he visto soñando. Pues conviene no hacer agravio ni siquiera al diablo.

—Procura dormir—replicó la mujer.—Hablas de un modo insensato y poco cristiano.

Spinello intentó levantarse; pero faltándole las fuerzas, recayó sobre la almohada sin conocimiento. Durante algunos días languideció, víctima de la fiebre, y luego murió.

ANATOLE FRANCE.

CRONICA ALFONSINA

Qué en el mar que separa la América de Europa, una noche.

Las nubes encrespaban su tropa, el viento inflaba el grito de su clarín sonoro y arrastraban los rayos sus espuelas de oro.

Se encontraron dos barcas: mientras que una iba, otra tornaba.

(Sólo Dios las ve desde arriba.)

En el silencio de esa soledad y esa calma, propias de los momentos decisivos del alma, resonó entre las brumas la nota mortecina de una bocina... y luego respondió otra bocina.

Y fuéronse las barcas acercando.

Y el cielo,

como una virgen loca que rasgase su velo, se hacía mil girones. El mar, cual cabellera de un filósofo anciano de la Clásica Era, sacudía los bucles de sus olas. El viento devoraba las leguas como el Ogro del cuento...

Se unieron las dos barcas. Y eran iguales. Una, por mascarón de proa tenía la fortuna de ostentar la cabeza de un gran león de oro y la otra un castillo labrado en plata. El coro de las olas cantaba, con fantástico empeño, al León de la fuerza y al Castillo del sueño...

Ambas tripulaciones se hablaron con la propia lengua de España. ¡Oh lengua del País de la Utopía!

En una barca iba de viaje Dulcinea, al Nuevo mundo: estaba grave como una Idea, triste como un Ensueño, muda como un Encanto y toda arrebujaada dentro su propio manto. En la otra, venía Jimena haciendo viaje de regreso: en sus plantas el carcaj de un salvaje, en su espalda el adorno de vicuña más rico y en su diestra las plumas del más raro abanico... Y se hablaron.

—Amiga: yo camino á las tierras que nuestros ascendientes, en fabulosas guerras, empaparon de sangre. Llevo á ellas la pura

ilusión, la fe dulce, la divina locura, todo cuanto es ensueño, todo cuanto es Encanto, todo cuanto es Idea; todo, sí, todo cuanto puede dar á esas gentes nuestra más bella gala, para que se defiendan del Puño con el Ala...

—Amiga: yo hacia España regreso, porque ahora parece que hace en ella su insinuación la aurora y le es precisa el alma de grandes decisiones: espumas de corceles, melenas de leones, radiantes armaduras, heráldicas proezas, espadas que se cansen de cercenar cabezas; todo un ardor de lucha, toda una santa ira, en cetro, crucifijo, tizona, yunque y lira.—

Den Quijote; que estaba sin decir una sola palabra, ya no pudo; y habló:—Tú eres la ola que de América viene. Tú empujaste el navío de Colón á esas playas. Tu corazón y el mío se completan, señora.—

Don Rodrigo, que mudo miraba persignarse los rayos, ya no pudo tampoco; habló y dijo:

—Dulcinea, señora, saltar dame á tu barca. Yo bendigo la hora en que de oír tus frases alcancé la fortuna. Yo tengo el alma llena de Sol... y tú de Luna.—

Después... la paz. Las olas se adormecen tranquilas, cien puñados de estrellas dilatan sus pupilas; y, de astro en astro, entre una nube que la recata, la Luna va pasando su bandeja de plata...

En una barca vuelan á España Don Quijote y Jimena; en la otra, desafia el azote del viento, Don Rodrigo que va con Dulcinea al Nuevo Continente.

¡Maravillosa idea, que al través de dos mundos y cuatro siglos crece!

(Crónica del Reinado de don Alfonso XIII.)

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

La cigarra y la hormiga

Esa fábula se escribió para Pepe Montes y Antonio Sierra. Aquel muchacho, sin juicio y sin freno, pasaba la mocedad, verano de la vida, cantando sus placeres como la cigarra, sin hacer provisiones para la vejez invierno de la existencia. Trabajaba poco, lo estrictamente preciso para alimentar sus necesidades, amores, diversiones y vicios.

¡Trabajar para ahora y para luego! Ahorrar algo! ¡Crear un capital! ¿Para qué? ¿Quién sabe si viviré? Y si viviere, hay tiempo por delante para hacer lo que no hago. Lo comido, por lo servido: el pan de cada día; Dios no manda otra cosa más.

Y Pepe Montes cumplía al pie de la letra con el precepto divino y con la inclinación de su holgazana naturaleza.

Y así llegó á los treinta años. Y se enamoró, y se casó con una mujercita modesta que no pedía nada como no fuese el amor de su marido y la felicidad de verlo siempre junto á ella contento, descansado y libre de los afanes y quehaceres que atareaban á los otros maridos de otras esposas exigentes y pedigueñas.

Tuvieron un hijo, dos, tres hijos, abundante fruto de bendición. Pero los chicuelos no gastan mucho; gastan solamente la vida de sus madres. Ellas los crían á sus pechos, les hacen los vestidos por sus manos, y luego las bocas pequeñas comen poco.

Y así llegó Pepe Montes á los cincuenta años sin grandes trabajos. Entonces sobeevinieron todos á la vez. Los niños eran hombres; las niñas, mujeres. Unos necesitan carrera, y las carreras necesitaban educación, colegios. Las mayores tenían que presentarse en la sociedad, tratarse con las amigas, ver algo, teatros, paseos. Y ya no alcanzaban para vestir sus cuerpos de buenas mozas los dos metros de tela barata que servían para sus cuerpecillos de muñecas.

Pepe tuvo que rehacer su vida y cobrar en pocos años el tiempo perdido en toda ella. ¡Y qué duro rescate exige el tiempo perdido! ¡Qué trabajosa la vejez de la ociosidad! El espíritu y los músculos, hechos al descanso enervante, sufren encima de esa enervación de la mala costumbre la enervación natural de la edad. Y cuando las fuerzas decaen y se duermen; cuando los ojos se enturbian, las manos tiemblan y los pies se arrastran, hay que dar prisa á los pies, seguridad á las manos, vista á los ojos cansados, vigilia al cerebro, haciendo tortura de lo que es uso de los sentidos y potencias.

¡Qué trabajo cuesta entonces trabajar! ¡Y cuán poco aprovechan esos que son trabajos forzados! ¡Cómo se apresura el término de la vida invirtiendo sus funciones! No de otra manera parece y salta y se rompe la máquina del reloj dándole cuerda al revés.



Antonio Sierra dió cuerda á su reloj como se debe dar, y arregló su vida como debe arreglarse, andando cuando se puede andar sin fatiga, y parándose cuando se ha andado el camino.

Niño aplicado, mozo formal, hombre laborioso, fué en todas las épocas y todo el curso de la existencia uno de esos seres previsores y prudentes que se imponen un seguro de vida sobre su misma vida.

Propúsose hacer un capital y una posición, y subordinó á ese fin sus actos. Ahora tengo fuerzas; pues ahora hay que emplearlas—se dijo.—Lo que no se haya hecho á los cuarenta años, no se hace nunca.»

Y trabajó durante el verano de la vida. Se desnudó de muchos placeres costosos, sobre todo del placer del ocio, que es el vicio más caro de los vicios, ahorrando así para abrigarse cuando llegara el invierno. No se casó hasta que no tuvo asegurado el sostenimiento de su hogar y familia.

Es, ciertamente, acción generosa la del corazón enamorado que convida á una mujer á compartir el hogar con el amor. Pero es crueldad egoísta, á lo menos locura de mozos, la de convidar á la mujer amante á la miseria y á las privaciones. Antonio trabajó sin sentir el trabajo, porque cuando hay fuerza la carga no es carga, es ejercicio que entona y fortalece la juventud. La máquina tenía entonces aceite, y en vez de cruzir y resquebrajarse, se movía suavemente y sin esfuerzo.

Y pasados los cincuenta años empezó á aligerar la carga, y á los sesenta la soltó entera, resuelto ya el problema de vivir. Y descansó cuando la fatiga le pedía descanso, y holgazaneó cuanto quizo y gozó cuanto pudo.

¿Pero pudo gozar mucho? Tal es la segunda parte del problema. El cual plantearon Antonio Sierra y Pepe Montes cuando se encontraron en el desierto de la vejez.

Antonio había envejecido antes, porque fué viejo desde la juventud. Pepe había tardado más en envejecer, porque fué joven hasta la vejez. Al presente, los dos estaban igualmente viejos y consumidos. El trabajo había cambiado de hora, en una y otra vida, pero al fin de la jornada les salía á las caras.

—Me appena verte trabajar como trabajas, pobre amigo mío—decía Antonio á Pepe;—fuiste imprevisor; no considerabas que la vida tiene su segunda parte, y nunca segundas partes fueron buenas. Cuantas veces te lo advertí; á mocedad viciosa, vejez trabajosa.

—Y á mí me appena también verte descansar como descansas, y no porque descansas, sino porque considero los muchos placeres de que te privaste, mientras yo gozaba de ellos en la juventud.

—Yo gozo de ellos ahora.

—¡Ahora! ¿De cuáles? Del único que está á tu alcance: del ocio. Yo lo apuré antes que tú. ¿De los demás? Los demás te están vedados. ¿Para que te sirva tu dinero, apilado con tantos afanes? ¿Y el placer de las mujeres? ¿Y el placer del estómago? Puedes ya con ellos? Has estado añejando en la cuba el vino sin probarlo. Se ha hecho exquisito, pero lo has guardado para cuando no tienes paladar. Yo me bebí el vino nuevo: era peor, pero bebido está. Trabajar la vida para disfrutarla en la vejez, es no disfrutarla nunca, es añejar el vino para los herederos.

Y Antonio y Pepe callaron mirándose sus arrugas y alifafes igualmente tristes.

Ahora averigüese si conviene trabajar en la juventud, única hora propia á los deleites, ó dejar el trabajo para la vejez, hora en que no habiendo ya aptitudes para gozar, puede hacerse del trabajo un placer supletorio.

EUGENIO SELLES.

La subasta de Susana

SUSANA ya no es una niña chica. Pronto va á cumplir tres años. No es que á los tres años sea uno viejo, pero ya se tienen ideas concretas de muchas cosas y se posee lo que las personas mayores llaman *principios*; es decir, testarudez. Cuando Susana ha tomado una decisión cualquiera, sin saber por qué la ha tomado, no quiere volverse atrás ni á tres tirones: en suma, es muy temosa.

Además, tiene otro defecto: el de trepar por todos los muebles. Se pierde la cuenta de las veces que ha caído al suelo, arrastrando tras sí la silla ó la butaca que imprudentemente había querido escalar. Otra cualquiera se hubiera corregido de tan funesta manía: ella no.

Y ahora vais á ver las desgracias que puede acarrear la asociación de dos defectos tan graves como testadurez y la pasión de las ascensiones.

El otro día Susana se había subido en una silla del salón. Si se hubiera contentado con sentarse, como una persona razonable, á mirar el álbum colocado en la mesa, nadie la habría dicho palabra. Pero á Susana no la divierten los retratos ni las estampas: por bellas que sean: al cabo de un minuto, ya había arrojado al suelo el libro, y arrodillada en la silla se entretenía en balancear un jarrón con flores colocado al alcance de su mano.

—¡Cuidado, Susana—le dijo su mamá,— que vas á romper el jarrón!

Susana no hizo cass.

—¿Me has oído?—repitió la mamá.—Te digo que vas á romper el jarrón.

Susana, sin volver la cabeza, repuso:

—SI LO ROMPO, LO PAGARÉ.

¿Quién había podido sugerirle tan insolente respuesta? Semejante manera de hablar no es cosa corriente en aquella casa, en que los criados son atentos y corteses. Lo malo es que en el piso de arriba hay una cocinera terrible que se pasa el día vociferando, á punto de que muy á menudo es preciso cerrar las ventanas para que sus desaforados gritos no lleguen á oídos de la niña. Sin duda algún día en que las ventanas se hallaban abiertas, la tal mujerona dió aquella contestación á su señora, después de haber roto un plato. Sea como sea, la mamá de Susana estaba toda sofocada por la impertinencia de su hija, cuando... ¡pataplúm! El jarrón, la silla y Susana cayeron al suelo: el jarrón naturalmente, hecho añicos, la silla despatarrada, y Susana on la cara como un tomate, pero sin rechistar, porque en casos tales, ya sea porque el sentimiento de su falta le impida quejarse, ó porque la emoción le prive de lágrimas, Susana no llora jamás.

En aquel momento llega el papá y se entera de lo ocurrido.

—Bueno—dice con frialdad.—Es muy sencillo: Susana ha declarado que si rompía el jarrón lo pagaría. Lo ha roto: que lo pague: á no ser que, arrepentida sinceramente de su desobediencia, pida perdón en seguida.

Susana se muerde los labios. La mamá se acerca y la dice:

—Vamos Susana, pide perdón.

Susana permanece muda.

—¡Ah! ¿No quieres pedir perdón?

Susana no profiere palabra.

—Eso es que la niña quiere pagar—replica el padre.— Que vaya á buscar su dinero.

Susana lo hace. El dinero está en un hucha que regaló á la niña su tío Félix. Lo trae, lo abre, no sin pena, entrega á su madre el contenido, algunas monedas de plata nuevecitas: total doce francos.



—Pero—dice el padre— el jarrón ese costó mucho mas caro. Lo menos valía cien francos. ¿Ha calculado usted esto, señorita?

Susana no responde.

—Y tú ¿qué opinas?—pregunta el padre á la mamá.



—Opino que Susana siente mucho lo que ha necho, y que en seguida va á besar la mano á su papá. ¿No es así?...

Susana baja la cabeza.

—Vamos, hijita, sé dócil: dame la mano, y vamos á pedir perdón á papá.

Susana esconde la mano.

—¡Pero niña! ¡Susana!

—Déjala, mujer, déjala. Puesto que se empeña en no pedir perdón y los doce francos no alcanzan para pagar el jarrón roto, nos veremos obligados á vender los objetos que le pertenecen. Vamos á ver, ¿qué cosas posee Susana?

—Tiene sus vestidos, un sombrero muy bonito....

—¡Eso no! Los vestidos de una niña pertenecen á sus padres, que se los prestan para que no vaya desnuda por las calles....

Susana hace una mueca significativa.

El padre continúa, imposible:

—En realidad, no tiene suyos más que sus juguetes y sus muñecas: y esos objetos son los que vamos á vender.

—Pero ¿dónde?

—Aquí mismo, mañana. Cabalmente, sus primos y primas van á venir á pasar la tarde.... ¡Digo! Serán unos compradores, que ni pintados.

* * *

Al día siguiente, á las dos, primos y primas, acompañados por tíos y tías, llegan á casa de Susana. Están invitados hasta los parientes más lejanos y algunos amiguitos y amiguitas. El salón donde había de verificarse la subasta estaba lleno de gente, y había sido necesario despejar los muebles cual si fuera á celebrarse un baile, y colocar cinco filas de sillas sólo para los chicos. Los papás permanecían de pie ó entraban y salían en el comedor contiguo. La casa estaba revuelta. Es de advertir—porque en una historia tan importante como ésta no debe echarse en olvido el más mínimo detalle—que se había preparado una rica merienda, previendo que las pujas estarían muy animadas y que los postores tendrían necesidad de reparar sus fuerzas.

¿Y Susana qué decía?

Seguía sin decir nada. Ya habéis visto con qué calma había escuchado la decisión paterna. Continuaba, pues, encerrada en un mutismo absoluto. Sin embargo, la noche antes, su mamá había creído oír no sé qué rumor de sollozos ahogados en la camita cercana á la suya, é intranquila había preguntado á Susana: «¿Lloras, hijita?» pero la niña contestó: «No, no mamá; es que estoy sonándome.»

Así, pues, comenzó la subasta. Tío Jorge se había encargado de las funciones de perito tasador. De ordinario, tío Jorge es sumamente jovial; sabe discurrir muy gra-

ciosas diversiones para la gente menuda, y sus cuentos extravagantes tienen gran éxito entre los chicos;

pero en aquella ocasión, penetrado de la gravedad del papel que le incumbía, tío Jorge no tenía ganas de reír. Lentamente había subido los escalones del estrado, y sentado detrás de la mesa, con el martillo de subasta en la mano, dirigía á los circunstantes una mirada solemne y severa. Tío Julio, que tiene muy buena voz, había tomado á su cargo el oficio de pregonero ó voceador, y por orden del perito comenzó:

—Señores (sin dirigirse á las señoras, según costumbre de las subastas), se pone á la venta una muñeca vestida y articulada: cabellos rizados, ojos de cristal, cabeza de porcelana.... Pueden ustedes examinarla.

Produjese gran rebullicio en el público, sobre todo entre las chicas; los chiquillos fingían una gran indiferencia, y pasaban la muñeca de mano en mano sin dignarse mirarla.

Una de las niñas, Maruja, la miró extasiada y dijo al oído á Elena, que estaba á su lado:

—Mira, la cabeza es de porcelana.

—¡Quiá, tonta!—repuso Elena,—si es de mentirijillas!

—¿Cuánto ofrecen?—gritó el pregonero.

Todos callados.

—Hay un postor que da cincuenta céntimos,—exclamó tío Jorge.

La asamblea no chistaba.

—¡Anda, cómprala!—indicó Andrés á su hermanita. —Di que das treinta céntimos.

—¡Treinta céntimos!—chilló Maruja.

—Vamos, nada de bromas,—repuso tío Jorge.—Esta subasta es cosa muy seria, y os advierto que no toleraré chanzas. He dicho que hay comprador por cincuenta céntimos; por consiguiente, para pujar hay que ofrecer sesenta, setenta, ochenta, noventa... y así sucesivamente.

—¡Ochenta céntimos!—gritó Elisa.

—Bien, bien—exclamó tío Jorge,—veo que me han comprendido. Sigamos.

—¡Un franco!—añadió Elena;—y Elisa, temblona, levantándose, ofreció:—¡Un franco y diez centimos!

Elena se puso de pie también, y la lucha se hizo reñida, apasionada.

—¡Un franco veinte!

—¡Uno treinta!

—¡Uno cincuenta!

—¡Uno sesenta!

Esta última tasación produjo estupor verdadero. Elisa, derrotada, se sentó.

—¿No hay quien dé más?—gritó tío Jorge;—y después de un instante, dió un martillazo en la mesa y declaró:

—Se adjudica la muñeca á la señorita Elena, digo María.

De igual modo se vendieron otras muñecas, y en pos

de las muñecas una porción de juguetes, regalados por los numerosos tíos y tías de Susana, que siempre había sido muy mimada. Los tíos, las tías y los amigos de la casa la habían hecho infinitos regalos, no sospechando, naturalmente, que había de llegar un día en que, por consecuencia de la orgullosa obstinación de Susana, tan lindos regalos se verían dispersados por el viento de una subasta pública.

No entraré en más pormenores, que alargarían desmesuradamente este relato: en la subasta abundaron los incidentes trágicos y cómicos: las disputas y escaramuzas entre los postores, los ardides y maquiavélicos recursos de éstos para adquirir á precios ventajosos....

¿Y Susana?—me preguntaréis.—¿Qué actitud había observado durante la subasta?

—¡Bah, bah! la actitud de una persona absolutamente indiferente.

—¡No es posible!

—¿Que no? Es la pura verdad. Susana no aparentó la más leve emoción. Que eso no es creíble dices?... Aguardad, que no he concluído. Ya se habían vendido todos los juguetes expuestos, y hasta tío Emilio, representante de la Beneficencia pública, adquirió un lote de juguetes á diez céntimos para los niños pobres del barrio, cuando la niñera de Susana atisbó una muñeca olvidada en un armario. Era en verdad, una muñeca feísima que antaño había conocido tiempos más felices. Cuando el amigo Joaquín se la regaló á Susana, ésta entusiasmada con la posesión de tan linda criatura, la puso el nombre de Joaquinita por gratitud al donante: pero ya hacía de esto un año, y Susana, preocupada después por la numerosa prole que formaban sus otras muñecas, había abandonado á la pobre Joaquinita, que rodando por los rincones perdió sucesivamente un brazo, una pierna, un ojo y la mitad del cabello. Mas no importaba: aún era un objeto vendible. Tío Julio se apoderó de ella.

—Se pone á la venta una muñeca enferma de gravedad....

No pudo concluir esta frase, porque ya Susana se había lanzado hacia él para arrebatarse la muñeca.

—¡No, no! ¡Esa no! ¡Es mi Joaquinita! ¡No quiero que vendan mi Joaquinita!—clamó gritando, sollozando como loca; y al acercarse á ella los padres:—¡Perdón, papá! ¡Perdón, mamá! ¡Es mi Joaquinita! ¡No quiero que vendan mi Joaquinita! ¡Perdón, perdón, perdón...!

El perito tasador se había puesto en pie con mucha dignidad.

—¿De modo, señorita—dijo,—que ha pedido usted perdón?

—Sí, sí; quiero mi Joaquinita.

—Basta, pues; concedido el perdón, la subasta no tiene razón de ser.... Tío Julio, devuelva usted la Joaquinita á su mamá.

Tío Julio obedeció, y Susana, habiendo recobrado á su hijita más querida, la acariciaba tiernamente y recibía besos y felicitaciones, prometiendo á sus papás ser muy juiciosa para no tener que avergonzarse de sus actos ante Joaquinita.

Al renacer en su corazón el sentimiento maternal, había despertado al amor filial, aletargado por un momento.

—¿Y esa es toda la historia?

—Claro.

—Pero como Susana había pedido perdón, ¿la devolverían todos los juguetes?

—¡Quiá! No os acordáis de las solemnes palabras de tío Jorge. La subasta se verificaba con toda seriedad; por consiguiente, lo vendido, bien vendido está, y no había por qué devolverlo....

—¡Qué lástima!

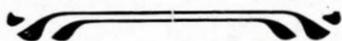
—... Sólo que, para consolar á Susana y para recompensar arrepentimiento, los padres han comprado un



mobiliario completo á Joaquinita. Esta, al recobrar el afecto de su mamá, no ha podido ciertamente, recuperar también su brazo, su pierna y su ojo; pero Susana le ha dicho que, si era obediente, volverían á brotarle los cabellos, y lisonjeada con esta promesa, Joaquinita duerme tranquila todas las noches en la linda camita de palo rosa que le ha regalado su abuelito.

ABRAHAM DREYFUS.

Lima al vuelo



Cuanto habría que contar empleando el sistema de cierto sujeto autor de un diario de viaje! No serían tan anémicas estas crónicas una de aquellas casualidades que casi no lo son por la frecuencia con que se producen, nos hizo viajar juntos. Por supuesto, ambos compatriotas, ambos condiscípulos, *arcades ambo!* referímonos mutuas y adocenadas aventuras, y supe que había dejado en esta Lima que anhelabamos ver, una linda muchacha con quien debía casarse. Y durante la travesía se entretuvo en hacer un diario que me leyó. Ah! que desesperante libro de caja de la vulgaridad! Con decir que había partidas como estas: «Febrero 11, Me levanto á las 9 a. m. Tomo té con leche y pienso en tí. Después me hago la barba». Febrero 12 (no perdonaba un día). A las 2 *en punto* hemos visto un lobo de mar y he pensado: «Como estuviera aquí para verlo juntos». Y así mezclaba nomenclaturas náuticas, sentimentalismos obligados, detalles nimios y ternuras invadidas por cifras, cálculos, y controles «dignos del más escrupuloso inventario redactado por peritos», como dijo del naturalismo don Juan Valera.

Pues si tuviera esa epiléptica manía de fotografiar el instante, que vuela con su vulgaridad y todo, podría atiborrar á los lectores de PRISMA con no pocas noticias susceptibles todas hasta de la concisión cablegráfica tan acorde con el espíritu de la época. Pero no haya temor. Soy difuso, y me gusta más divagar y entretener con una sola canción á semejanza de los golosos que chupan muy despacio el confite para que no se acabe.



¿Qué asunto de la quincena puede salvarme del compromiso contraído? Uno tiene que haber al cual le de yo vueltas. Será, por ventura aquel terrible, «la Argentina para la Argentina» destacando en una columna de «El Comercio» su letra negra retadora y egoísta? No. Es asunto muy serio para mí y no lo trataré á pesar de que el divino borracho de Horacio me lo aconseja en este exámetro:

Iratusque Cremes tumido deliligat ore....

lo cual quiere decir que á veces un sujeto apacible y cómico puede ponerse serio, colérico y hasta sublime.

Será entonces aquel otro sobre la instalación del Dou-

ma? Aquí viene de perlas, aquello de «plumas mejor cortadas que la mía» etc....

O convendría un tono patético para hablar de Dubois y conmover con el gastado resorte de la pena de muerte? No será tampoco, pues heriría á los partidarios de que en la vida lo mejor es morir. Y además que fárrago de leyes y controversias penales fuera necesario remover!



No ha sucedido nada de notable á no ser *La Vieja*. Sonora y única risa en la austeridad de la cuaresma trascurrir siempre con algún sarao ó con el indispensable baile de máscaras en un teatro. Lo probable es recordar esta efímera festividad por el cascabeleo de un dominó encontrado en la calle, desde que olvidóse á la espectral *Croquemitaine* aserrada como una viga en altas y pavorosas horas nocturnas.

Yá han desaparecido tan inocentes costumbres y la vieja de hoy no tiene canas: se empolva el cabello para parecer canosa.

Aun se convierte el teatro, el local donde solazan nuestras familias, en grotesca fanfarria de muchachas públicas, *tenebrosos*, y juventud más que pervertida curiosa. Allí se bailan valeses con dengue, mazurcas demasiado lánguidas, cuadrillas malogradas y estrepitosas marineras. Los disfraces son chafados, churriguerescos, y muy rara vez les saben llevar los cuerpos.

Domina el dominó. Huele á sudor, á tela nueva y á fuga de gas. Y las mujeres, al revés de lo usual, arrastran su pareja al buffet, después de cada baile.



No concluiré,—pasando á un orden de consideraciones más decente,—sin una palabra de alabanza para la familia barranquina que tuvo la deliciosa ocurrencia de representar «Rosas de Otoño».

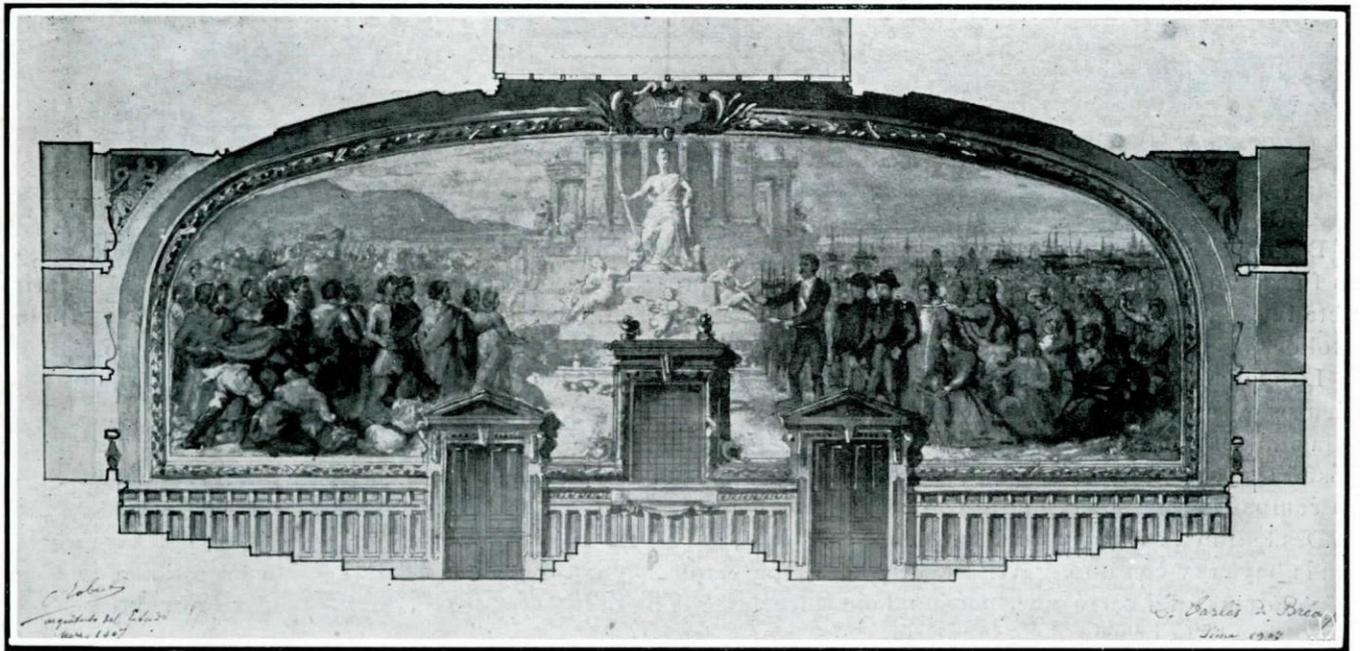
Se habla por ahí todavía, del acierto con que los improvisados actores y actrices interpretaron tan fina pieza y aunque de los artistas noveles:

la louange est l'ecueil.....

quien vacilará en adherirse muy sinceramente á la opinión halagadora de los circunstantes?

MASCARILLA.





Proyecto de refacción de la sala de sesiones de la Cámara de Diputados

Plano del arquitecto Mr. E. Robert y del pintor Mr. C. Carlés de Bréa.

Despedida

Fuimos en esa tarde llenos de honda tristeza,
por la senda floreada de la hermosa avenida;
yo pensando en la hora doliente de tu ida,
tu mostrando el tesoro de tu rica belleza.

Bajo el sol que moría se tronchaban las flores
y esparcían aromas que la brisa llevaba;
mientras mi alma enfermiza del dolor se llenaba
al pensar en la marcha de tus dulces amores.

Yo tus ojos oscuros desolados veía,
y estrechando tus manos principescas de armiño,
me ahondaba en la fuga de tu suave cariño
y en tu ser milagroso que tal vez perdería.

Sentí la honda amargura de los sauces iguales,
me juraste un cercano y amoroso regreso;
y en la tarde silente se escuchó el triste beso,
que posé en la blancura de tus manos liliales.

Bajo un sauce lloroso de la larga alameda
me dijiste «hasta pronto» con la voz apagada,
se perdió tu figura tras la senda callada
y el fru fru rumoroso de tu traje de seda.....

José GALVEZ.

Lima, 1907.

EL ALFILER

Cuando su novio se marchó á la guerra, Blanca le regaló un alfiler, que él juró conservar como un don precioso.

—Sin duda me le das—dijo Pedro—para que piense en tí.

—No—dijo ella,—porque bien sé que no me olvidarás nunca.

—Entonces, ¿me le das para que me sirva de amuleto?

—No; no soy supersticiosa.

—Bien; no me meto en más averiguaciones—contestó Pedro; basta con que sea tuyo y con que me quieras.

—Yo te amo—dijo Blanca;—pero mi alfiler te servirá algún día.

Y sucedió que en el combate Pedro recibió una bala en el brazo izquierdo y fué necesario cortársele.

—Conozco bien á Blanca—pensó él,—y sé que por delicadeza apresurará nuestra boda.

Volvió, pues, y su primera visita fué para ella. Según venía por el camino, orgulloso de haber nacido, con presto paso. se fijó en la manga izquierda, que vacía llevaba y que pendía inerte, aplastada, ó se balanceaba de derecha á izquierda, sin medida, ó estaba como la cola de un animalejo.

—Con esta descuidada facha—meditó Pedro—estoy un poco ridículo.

Y con la mano que le quedaba se remangó, dobló la inútil manga en dos y la sujetó elegantemente al hombro con el alfiler de Blanca.

JULIO RENARD.

Una visita al «Sacsahuamán»

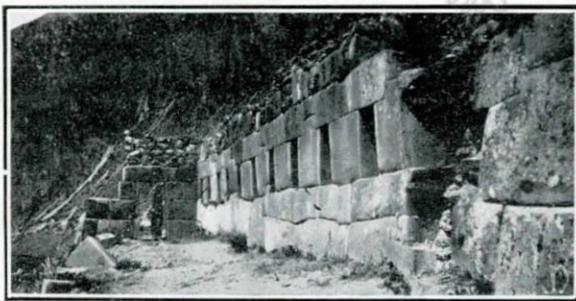
IMPRESIONES DE VIAJE

A *Clemente Palma*

Después de haber esperado por varios días, cesasen las fuertes lluvias, aquella mañana resolví hacer mi proyectada excursión al «Sacsahuaman» que, cual otro «Capitolio», ofrecíame el misterio desconocido de su tradición.

La mañana era hermosa y un airecillo sutil de comienzos de helada azotaba el rostro, haciendo restregarse las manos con calofrío. El Cuzco, envuelto en una atmósfera grisácea, dormía su sueño de piedra y tan sólo las campanas rasgaban el aire con tenaz impertinencia.

Desde uno de los arcos del corredor, calzadas las polainas bayas y con un cigarrillo en la boca, contemplaba yo la masa del cerro que, por un lado, ofrecíame las torrecillas de la iglesia de «San Cristóbal» y por otro, las tristezas desoladas de una vasta extensión pajiza que ya el viento empezaba á abatir. El Cuzco es triste y á esa hora, en medio del silencio material, tiene yo no sé qué de sugestivo y evocador; la Historia, parece elevarse entonces con todo el formidable poder de los siglos y prestigiada por las melancolías del medio. Diríase que en esos momentos, en un olvido de nuestras modernas personalidades, nos sentimos transformados en clásicos súbditos del Imperio y que el vasto «Tahuantinsuyo», cuya extensión no limita la fantasía, vive aún su vida de historia, robusta y guerrera, anidada en las estrategias de un peñón en Ollantaitambo, ó palpitante entre los ciclópeos bloques de su fortaleza... Melancolizado por los recuerdos latentes del pasado y por el presente, hecho casi un peregrino jerosolemitano, descendí la inevitable escalera de piedra que conduce al patio y cabal-

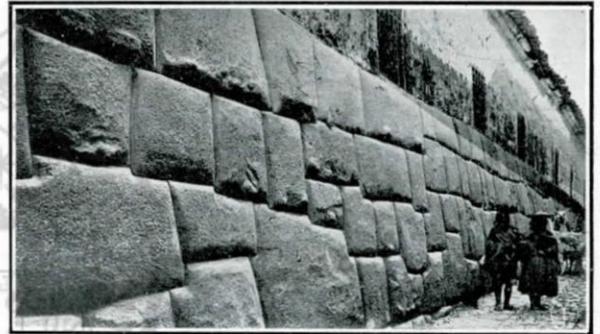


Cuzco.—Ruinas de la fortaleza incaica de Ollantaitambo

gué en mi rocín apurimeño; un caballo zaino que los habitantes del Cuzco deben recordar, porque no me abandonó durante un mes... y en el que penetré hasta en la casa de Correos, con grave escándalo. Mi insolente actitud y desmedrada figura ecuestre, con *ulster* y bufanda; mi enjuto rostro de peregrino en busca de aires antituberculosos, todo ese sello de mi persona neo serrana y neo costeña á la vez, ha perdurado entre los amigos de allá, con algo de tolerante bonhomía á mis pesimismo y á mis ironías perpetuas, provocadas acaso por unas «tercias» que contrajera en las cálidas cuencas del

«Apurimac», á donde, en un frío mes de junio, dirijime de secretario de una prefectura... En Apurimac nací, así es que de carácter *interdepartamental*, con ascendientes en el Cuzco y habiendo vivido en Lima, tolérase-me ciertas intemperancias de renegado, que al decir de las gentes y contemplando mis aires semicosteños, háceme parecer un tipo producto híbrido de dos civilizaciones, la de mar y la de piedra... teniendo en el fondo un corazón de piedra... pomez.

Así, hechas estas salvedades, se comprenderá con cuanto interés, afrontando la Historia—que conocía por Salazar—iba yo á emprender mi romancesca ascensión al «Sacsahuaman», á caballo!



Cuzco.—Muros incaicos

De costeño tengo el «soroche» serrano, y de serrano la decidida afición á cabalgar... Provisto pues de una taleguilla de ajos y ya ecuestre, partí acompañado por un amigo *cicerone*. Hallábame en el mejor estado de ánimo y antes de que empezase el «Huatanai» á dejarse sentir, tomamos por un estrecho atajo y comenzó la ascensión histórica. Y en verdad, prescindiendo del aspecto bajo de los extramuros, esta excursión tiene algo de profundamente interesante para el que, como yo, va ávido de la Tradición; todo adquiere un gran relieve y hasta la más innoble chichería, parece de una actualidad histórica palpitante.

Los cascos de nuestros caballos resuenan en las calles, se para la gente á vernos pasar y al siniestro husmear de un perro que se sacia en el arroyo, cigarrillo en boca, sientome un arqueólogo, llamado á reconstituir la Arqueología Nacional; pero por desgracia ignoro esta ciencia y sólo sé que lo más portentoso en estas civilizaciones, que se ignoran, es el ajuste de las piedras, por las que no penetra «la punta de un alfiler»; que el *Sacsahuaman* fué una fortaleza que los europeos comparan con el «Capitolio»—y que yo plágio al principio,— que *Cuzco* quiere decir «Omblico», y otras cosas que ya el tiempo va borrando de mi memoria de ex-guadalupano, reprobadó en «Historia del Perú» por el mismísimo don Manuel Marcos...

Avido pues de historia y sin historia, llegué á la primera meseta, en la que se halla la parroquia de San Cristóbal; allí pude contemplar lo sugestivo de la piedra, tanto en lo antiguo cuanto en lo moderno y posterior de la arquitectura de la iglesia que, por contraste, hace resaltar más el valor de un lienzo de pared incaica con nichos practicados en ella y donde, «dicen», se emparedaba á los «ladrones» ó, según quizá lo confirme el Dr. Uhle, se apostaban los centinelas. El frío misterio de estas ruinas, unido á los cepos enclavados en el suelo y al

impertérrito simbolismo de la cruz de la conquista es poderoso, como lo es todo el resto de las ruinas; oprime el espíritu y diríase que es el aguijón de los cactus el que le punza á uno. Esta es la sensación primordial de nuestra arquitectura incaica, tanto por lo agoviante de las masas de piedra, cuanto porque, en verdad, sobre todo esto parece recidir una pátina de hipocondría, esa enfermedad tan asentada en la raza de hoy y que, por inducción, debió existir antes.



Cuzco.—Pórtico incaico

La naturaleza se ha modificado bien poco en estas regiones, así debió reflejar en el espíritu incaico esa sordidez agreste del cactus y las asperezas del clima. La piedra fué pues el único elemento para defenderse contra esta y por eso, domeñada tenazmente, adquirió la grandeza batélica que se desprende de ella; ese aspecto guerrero que es la característica de la arquitectura incaica, al menos es lo que se conoce y resta de esta época de civilización precolombina, cuya homogeneidad bien marcada, revela al ojo menos experto una etapa semi-ciclópica.

En mi lento ascenso, sucedióse la misma impresión, ya en los formidables bloques que yacen por decirlo así en la fortaleza, cuanto en las partes donde existe todavía algo que podría llamarse arquitectural, como las denominadas «Chinganas», la grande y la chica; porque

verdaderamente en este sitio no existe la arquitectura; es la misma piedra la que parece tallada, tan vastos y formidables son los bloques y tan justas y perfectas las superposiciones. Sin entrar en ideas particulares y estando tan sólo al aspecto de ello, diríase una fortaleza tallada en el cerro.

La misma impresión se produce en el «Rodadero», del otro lado del cerro y que sólo es una superficie en plano inclinado.



Fortaleza incaica de "Sacsahuaman"

Sin elementos de reconstrucción arqueológica, puesto que no existe aún la arqueología nacional; sin fuentes positivas de historia, sin etnografía, todo esto resulta de una grandeza anónima, triste y uniforme, en la que el espíritu sepúltase en siglos de una historia lapidaria que pesa sobre uno como un bloque inmenso... Mi querido Clemente, esta sensación, unida á la mañana invernal, á lo sedentario del medio y á la desorientación histórica, oprime el alma y hace comprender porque la única queja de esos pechos fué la «quena» y cómo, en leyes agrarias, por ejemplo, el indio fué un ser pasivo, al que se le limitó toda aspiración, reglando su vida por la monotonía del astro, preso en las «Intihuatanas»!... La aspereza del idioma, el aspecto *trabajado* de la raza, la latente melancolía que en todo esto reside, son pruebas de sensación que tienen para nosotros, los sensitivos, una gran elocuencia; la elocuencia de un mutismo secular en el que tan sólo habla la piedra yacente.

Hago punto porque me alargo y estas «Impresiones», acaso bajo la influencia del medio, podrían tomarse por irónicas malevolencias. Pero para comprender el Cuzco, para penetrar en la fría alma de su fortaleza y vivir la Piedra, es preciso el tranquilo aguijón germano. ¡Ojalá el Dr Uhle, cuya ciencia es reconocida por todos, pueda revelarnos más tarde lo que pensaron esos hijos de la mitológica pareja salida de las frialdades lacustres del Titicaca, y que fué ese mito, mitad Memnon mitad Esfinge, que se llamó Manco-Capac!

JORGE MIOTA.

Marzo de 1907.



LA HONRADEZ DE UNA ANIMA BENDITA



UNQUE yo sea la segunda persona después de nadie, no por eso autorizo á mis lectores para que duden de la veracidad del relato que voy á hacerles, máxime cuando me apoyo en la autoridad del padre Calancha, que fué un agustino de manga ancha y más bueno que el pan de manteca.

El 6 de enero de 1628 emprendió viaje para el Purgatorio un limeño llamado Diego Pérez de Araus, muy gran devoto de san Agustín, pero que lo era más de las muelas de santa Apolonia.

Ya en el otro mundo, entróle á su ánima el remordimiento de que, en cierta noche, y empleando no sé si dado carrete ó caracolillo, le había ganado á su amigo Antonio Zapata, no diré una suma morrocotuda sino la pigricia de doscientos pesos.

Anima de poco meollo cerebral y de muchos escrúpulos de monja boba debió de ser la del tramposo Pérez de Araus; porque dió en aparecérselle todas las noches á su acreedor Zapata, quien de tanto dar diente con diente, por el terror que le causaba la visita, empezó á perder carnes como aquel á quien encanijan brujas. En vano, á cada aparición, preguntaba Zapata qué cosa se le había perdido al ánima bendita, y por qué la buscaba en casa ajena. El espíritu de Dieguillo no despegaba los labios para dar respuesta.



Y Antonio se echó á gastar en misas de san Gregorio y demás sufragios por el ánima de Pérez de Araus, y la picarona, ini por esas! no dejaba pasar noche en blanco ó sin visita. Tengo para mí, que, en el siglo XVII, debió andar un tanto descuidada la vigilancia de los guardianes en el Purgatorio. Sólo así me explico la frecuencia con que venían á pasearse por acá las ánimas benditas. Eso sí, con el alba todas regresaban á su domicilio del otro mundo, sin que haya tradición de que una sola hu-



biera cometido la informalidad de faltar á la lista de diana.

Cundió, en Lima, la noticia de que el ánima de Diego Pérez de Araus era ánima viajera y con quehaceres por estos andurriales. La viuda de Pérez, que era moza, y de buen ver y mejor palpar, se asustó tanto con la nueva que diz que ya desde esa noche no durmió sólo, recelando que al ánima del difunto se le antojara ocupar su legítimo sitio en el lecho matrimonial. Hay ánimas benditas que, por mozonada, han hecho cosas peores. Apruebo la medida precautoria adoptada por la viudita.

Afortunadamente vivía en Lima, y en el monasterio de las Descalzas, una monja más milagrera que la mitad y otro tanto, á la cual expuso su cuita el desventurado Zapata. Y la sierva de Dios le contestó que fuese sin zozobra, que hembra era ella para meter en vereda al ánima de Diego Pérez.

Y la evocó, y la echó una repasata muy enérgica por la majadería de andar quitando el sueño y asustando al pobrete Antón Zapata.

—De parte de Dios te mando, concluyó la monja, que me digas, francamente, á qué vienes á Lima.



Parece que el ánima de Pérez de Araus se atortoló como una mgnada; porque declaró que sus idas y ve-

nidas eran motivadas por el remordimiento de haberle ganado, á la mala, doscientos pesos a su amigo.

—¡Pues buen modo de pagar tienes, hijita! ¿Eso se estila por allá? ¡Ea! Lárgate y no vuelvas, que yo hablaré con tu mujer para que ella pague por tí. Véte tranquila á tu Purgatorio, y no te reconcomas por candidices.

Y efectivamente. El alma de Diego Pérez no volvió á rebullirse. Si hubiera perseverado en la manía de las escapatorias, el padre Calancha, que debió tener bien organizada su policía, lo habría sabido y nos lo hubiera contado.

La monja llamó á la alegre viudita, y la intimó que pagase á Zapata los doscientos duros de que el difunto se había confesado deudor. Madama quiso protestar el libramiento, alegando razones que, probablemente, serían de pié de banco, porque la sierva de Dios le repuso con toda flema:

—Bueno, hijita, como quieras. Que pagues ó no pagues me es indiferente. Lo que sí te aseguro es que esta noche tendrás de visita á tu marido. El se encargará de convencerte... y hasta de cobrarte cuentas atrasadas.

Ante tal amenaza, la viudita, cuya conciencia no estaría muy sobre la perpendicular, se avino á pagarle á Zapata los doscientos de la deuda. Prefería largar la mosca á volver á tener dimes y diretes con el difunto.

Y aserrín, aserrán
los maderos de San Juan;
los del rey asierran bien,
los de la reyna también;

los del duque
truque, truque;
los del dique
trique, trique.

Ahora bien, digo yo: ¿no convienen ustedes conmigo en que, en este condenado y descreído siglo, las benditas ánimas del Purgatorio se han vuelto muy pechugonas, tramposas y sin vergüenza? Para delicadeza las ánimas benditas de há tres siglos. Hemos visto á una de estas infelices en trajines del otro mundo á éste, para pagar una miserable deuda de doscientos pesos. ¿Y hoy? Mucha gente se va al otro barrio con trampa por centenares de miles, y en el camino se les borra de la memoria hasta del nombre de acreedor.

RICARDO PALMA.



Notas de Artes y Letras

Los latino americanos estamos condenados—salvo los desmentidos de posibles artistas geniales— á no tener manifestaciones artísticas expresivas de la raza y de nuestro medio, me refiero á la producción literaria que interesa universalmente, á la producción que trasladada á cualquier idioma deleita, satisface y emociona, á la obra de arte que hace florecer en todos los espíritus la misma admiración y arranca el mismo juicio. No deja de ser interesante ese fenómeno que se observa con nuestra mentalidad artística en sus relaciones con el americanismo: mientras más americana es una obra artística menos artística é interesante resulta. ¿Qué ocultas antinomias, que misteriosas repugnancias, qué extrañas repulsiones hay entre el sentimiento de lo artístico y la cristalización en prosa ó verso de nuestra vida y de nuestra naturaleza en lo que tiene de genuino? Haced una descripción lo más entusiasta y colorida de un valle, de un lago, de un bosque y seguramente que si se os escapa en el curso de vuestra descripción algunos terminos regiona-

les, ó presentáis como aditamento al cuadro unos *amores quechuas* ó unos flirteos *criollos* todo el arte de la descripción es tiempo perdido y lo que es peor habeis malogrado vuestro trabajo, introduciendo las notas de disonancia. Nunca he podido convencerme del arte criollo y del arte indígena. No puedo convencerme de que un individuo á quien se le salten las lágrimas de emoción escuchando la grave y melancólica sonata 14 de Buethoven pueda sentir iguales emociones con los yaravíes de Melgar, que tanto conmueven á los ingenuos provincianos y á las niñas sentimentales de nuestra clase media. Y al contrario, los que se emocionan con el *Conque al fin tirano dueño*... se quedan más frescos que una lechuga escuchando las sonatas del maestro; ó la partitura del *Tristan*. Podría pensarse que no es el *americanismo* lo que resulta antiartístico, que la razón de esta impotencia para hacer cosas interesantes y bellas con los formas de nuestra vida social y con nuestra naturaleza es que

Biblioteca Mayor de Lima



aun no existe el poeta, el novelista, el narrador, el psicólogo, el artista en una palabra que con la fuerza de su mentalidad sepa hacer sentir intensamente la poesía oculta ó explotada con poco acierto. Cuando ha aparecido el artista, ha hecho sentir en todas partes el poder de su imaginación y redimido, hasta cierto punto, el cargo de *antipoética*, de mazacotuda, de poco interesante que tienen *nuestras cosas*. Por consiguiente el defecto no está en los temas mismos sino en el hombre. Podrá ser esto muy cierto. El que estas líneas escribe cuando se *inició en la literatura* (sic) lo hizo declarándose entusiasta americanista y reprodujo los eternos argumentos de cajón para probar que hay en América los elementos necesarios para informar un arte original y propio. Desgraciadamente todo ello que tiene cierta fuerza lógica no la tiene cuando se pasa de la dialéctica al terreno de la emoción estética. Algunos nombres de artistas y literatos americanos han cruzado el Atlántico y se han impuesto. Montalvo indudablemente fué un artista admirable de la palabra. Las *tradiciones peruanas* son conocidas y apreciadas en España. Y finalmente la *María* de Jorge Isaacs es popular en la península. Pero que los escritores Isaacs, Montalvo y Palma se hayan hecho admirar más allá de sus respectivos países, ¿probaría que sus fuentes de inspiración sean artísticas por sí ó que han sido ellos por propia energía los que han embellecido y redimido de su prosaísmo y de su falta de interés los temas americanos que han explotado? No es discreto ni oportuno discutir estos casos concretos.

Es en la novela precisamente—y por ello el triunfo de Isaacs en este género es más notable—en donde hay mayores dificultades que vencer para que se concilien el arte y el americanismo. Nuestra vida social sin problemas, nuestra constitución moral sin anormalidades, nuestra incoloración en las agitaciones de la vida, el paulatino esfuerzo con que artificiosamente queremos estar á la moderna, el caldo soso y desabrido que corre por esos macarrones que tenemos por venas, y el criollismo, el antiartístico criollismo que informa toda nuestra vida interna y externa, nuestras cosas, nuestro lenguaje y hasta nuestro sueño, todo eso y mucho más, hace que, cuando el arte quiere reproducir en la novela nuestras psicologías, resultamos descoloridos, grises, locales, provincianos. Esta es la palabra. Nuestra novela es novela provinciana, nuestra poesía poesía provinciana, nuestro modo de sentir sentir de provincianos.

Lo que hay de artístico y de interesante en el ensayo romanesco de Carrillo es por esta razón el poco regionalismo de ella, no obstante desarrollarse el argumento en estas tierras del champús, la chicha morada y los tamales; Enrique A. Carrillo, espíritu culto y fino ha sabido saturarse durante su larga estadía en Europa de esa ironía benévola, mundana y delicada, de ese excepticismo sonriente y suave que caracteriza la cultura francesa moderna, y al aplicarlo á la psicología de los personajes de su novela ha conseguido desbrozar ese criollismo nativo en que comprendía peligraban los fueros del buen gusto. No quiero citar nombres pero declaro que ese montón, no muy alto, de novelas criollas que constituye nuestro trofeo literario me atosiga como un puchero mazacotudo é indigesto. Encuentro allí intenciones moralistas, propósitos docentes, fines políticos ó religiosos, descripción de costumbres locales etc. todo menos la finalidad artística y mucho menos aun el procedimiento artístico.

Difícil es—no imposible porque la cuestión en reali-

dad se reduce á que un espíritu selecto, de fantasía poderosa y sugestivo estilo encuentra el punto de vista artístico que yo no percibo—repito, es difícil encontrar en nuestra vida moderna elementos interesantes para la novela. Los tipos que ofrece nuestra aristocracia no son muy explotables, porque francamente es allí donde más fácil de apreciar es la falta de complicaciones de espíritu, de esquisiteces de sentimiento y en donde se observa más claramente la frivolidad, la vacuidad y la simplicidad de estructura mental y pasional. Pobrísima ó falsa sería la novela psicológica *nacional* escrita con los datos verídicos de una observación minuciosa y honrada de nuestra vida social. Y la misma pobreza de interés ofrecen las demás clases sociales. El novelista, pues, tendría que ponerlo todo, inventarlo todo ó mejor dicho falsearlo todo para que su obra tuviera—aparte de los fines locales, estrechos, provincianos—el interés artístico perdurable y general. Igual carencia de elementos hay, en mi concepto, para la novela descriptiva inspirada más que en las acciones humanas en los prestigios de nuestra Naturaleza tropical y exhuberante, que, por más que hago, no me resulta todo lo fresca, lozana y llena de color y encanto poético que tiene la Naturaleza en Europa. Será porque no conozco mi tierra ni sus formidables paisajes celebrados por los viajeros, por lo que no siento grandes entusiasmos por el paisaje de mi país. Creo que lo que impone poesía y belleza á la Naturaleza es el hombre mismo, y si la belleza y la poesía no palpita en la vida humana, la Naturaleza resulta indiferente, un simple marco sin la tela que lo prestigia. Pero aun suponiendo que me sintiera profundamente entusiasmado con la exuberante vegetación y las maravillosas mirandas de nuestras selvas, montañas y ríos, me imagino que de allí sólo sacaría los elementos para escribir novelas de aventuras con los salvajes, los pumas y las fieras; es decir novelas estilo Aymard y Maine Reid *ad usum* de adolescentes de imaginación acalorada. Es decir que en la novela caeríamos en el orden artístico en el *americanismo objetivo* que resulta precisamente el menos artístico y el menos interesante.

En América y en especial entre nosotros que vivimos una vida sin color, que no tenemos en el orden moral matizaciones definidas, que no tenemos en el arte sino dilettantismos; que, por constitución étnica y por deficiencia de educación, somos incapaces de reaccionar sobre nosotros mismos y buscar nuevos horizontes, la novela es el género literario más difícil de cultivar porque nos faltan todos los elementos internos y externos para su confección. Sólo una novela acaso podría tener éxito y es la novela histórica, la novela de la colonia. Nuestra vida colonial seguramente tiene prestigios artísticos y bellezas incomparables, que fácilmente sabría explotar una imaginación rica capaz de reconstruir el pasado inmediato de nuestras razas con ese encanto indefinible que tienen las casas viejas, encanto que va desapareciendo á medida que vamos acercándonos á la época contemporánea.

Se me han ocurrido estas reflexiones con motivo de las dos ó tres novelas en preparación y que, según voces que corren entre los jóvenes escritores aparecerán pronto. Una de ellas se titula *Sábado de gloria* y su autor es Enrique Carrillo. Ojalá que este escritor y los otros noveles cultores del género logren hacer algo que desmienta las afirmaciones acaso inconsistentes de mi anticriollismo romanesco.

CLEMENTE PALMA.

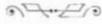


"A TRAVES DE UN PRISMA"

CRONICAS SOCIALES

La instalación que estamos haciendo en los talleres de PRISMA, de maquinarias modernas que correspondan á las crecientes necesidades de nuestro servicio informático han demorado por esta vez la aparición de PRISMA.

Una vez terminada nuestra instalación definitiva PRISMA se dará al público con la puntualidad acostumbrada.



Muchos casamientos en esta quincena; muchos nuevos hogares formados por la juventud y la belleza, y acompañados por las simpatías de la sociedad limeña.

Nuestra crónica gráfica registra cuatro enlaces; cuatro



Fot. Moral Enlace Eldredge-Espinoza Fot. Garreand

desposadas bellas y espirituales, y cuatro caballeros que han aportado al casamiento las estimables dotes de su laboriosidad y distinción. Los matrimonios Cesar Bernales Lostaunau-María Chaize, Jorge Helguero-Matilde Aramburú, Ernesto Ealo-Anita Talleri y Raúl Eldredge-Sara Espinoza, son, por la posición social de los contrayentes, las notas culminantes de nuestra crónica nupcial.



Adornamos hoy las páginas de nuestra revista con el retrato de la esposa del señor Ernest Wiltsee, señora Emily Stuard Taylor, distinguida representante de la



Fot. Moral Enlace Bernales Lostaunau-Chaize Foto. Aguila



Enlace Helguero-Aramburú Fotos. Moral



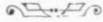
Enlace Ealo-Talleri Foto. Moral



Foto. Moral

aristocracia newyorkina, y dama que hoy es objeto de preferentes atenciones de parte de la sociedad limeña.

La interesante señora Wiltsee ha sido educada en París y une á su belleza y distinción la cultura de una aristócrata del Sena.



Pero no todo es alegría en la labor del cronista; al lado de la descripción de las fiestas cabe la enumeración de los desaparecidos de la vida, la relación de todos aquellos que partieron dejando la huella luminosa de sus hechos, el recuerdo grato de sus acciones.

Son numerosos los fallecimientos de esta quincena; la muerte ha desmembrado muchos distinguidos hogares, como el del señor Germán Torres Calderón, publicista y caballero de vastas relaciones sociales y políticas, y ha enlutado, entre otras, á las familias de los señores Ricardo de la Ossa, cónsul de Panamá en el Perú, y Samuel Palacio, distinguido capitán de la armada nacional. Todos ellos muertos en estos últimos días.

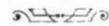


✠ Sra. Marieta Veintimilla



✠ Srta. Rosa Albina Alarco

que en su viaje al Plata llevara, con el apunte de algunos *monos limeños*, el recuerdo de aquella noche pasada escuchando el eco alegre de unas carcajadas de veinte años, y el estallido culto de un *champagne frappé* de diez soles botella.



Una fiesta digna de la cultura y distinción de los dueños de casa fué la velada ofrecida por los esposos Tenaud-Devescovi en su elegante chalet del Barranco.

Se trataba de la representación de la comedia «Rosas de Otoño» por un grupo de *amateurs* del teatro de Jacinto Benavente, y el éxito de la representación correspondió al talento de los actores y á la belleza de las actrices, los cuales recibieron la consagración entusiasta del numeroso y selecto auditorio que llenaba los salones de la familia Tenaud.

Aquella noche se puso en relieve la elegancia y dotes artísticas de las señoras María Hahn y Amalia Devescovi; el talento que comodirector escénico posee Enrique Carrillo; la escuela original de Manuel Canseco, el Emilio Thuillier de la juventud limeña; el entusiasmo de todos y cada uno de los intérpretes, y el buen gusto de los esposos Tenaud, que supieron ofrecer á sus relaciones una fiesta hermosa y culta.

ZADIG.



Almuerzo ofrecido por el Concejo del Callao al Ministro de Fomento y al Director de Salubridad

No ha respetado tampoco al talento y á la virtud; la inteligente escritora ecuatoriana señora Marieta Veintimilla, que ocupó puesto prominente en la literatura de su país, y la señorita Rosa Albina Alarco y Calderón, estimada por su virtuosa belleza, han pagado tributo á la muerte, desapareciendo de la sociedad que las estimó por su talento y bondades.



Dieciseis jóvenes, escritores y periodistas en su mayor parte, despidieron con una comida bohemia al caricaturista Julio Málaga, próximo á partir con dirección á Buenos Aires.

En el banquete hubo de todo: frases ingeniosas, y chistes espirituales, caricaturas de los asistentes debidas al lápiz de Málaga, y rostros caricaturizables debidas al *Sauterne*; todo, hasta champagne, menos discursos, de los que fué librado Málaga por la clemente alegría de los discretos comensales.

Al finalizar la fiesta *posses* de los asistentes, y muchas expresiones á Málaga,



Banquete á Málaga

Fto. Lund

VELADA EN CASA DE LOS SEÑORES TENAUD-DEVESCOVI



Final del 1er. acto de "Rosa de Otoño"



Foto. Lund

Una escena de la comedia

— EL TIRO EN MIRAFLORES —



En la trinchera



Los socios del "Club Revólver" después del ejercicio



✧ Sr. Germán Torres Calderón Foto Moral



✧ Sr. Ricardo de la Ossa

Fot. A. Rodriguez

Mi Tío Barbassou

(NOVELA DE MARIO UCHARD)

(Continuación)

Hallé á Mahomed Azis en el umbral. Tenía aspecto grave y triste y me acogió con un saludo tan respetuoso que me causó cierto embarazo, por tratarse de un hombre de su edad. Introdujome en el salón en cuyos cuatro ángulos murmuraban diminutas cascadas de agua perfumada que caía en pilas de alabastro adornadas con flores. Hízome sentar en el diván tapizado con una maravillosa tela de seda, muy ancho, muy bajo y lleno de almo-



hadones, que daba la vuelta á la habitación. Una vez sentados, le dirigí algunas frases de pésame y me respondió en turco. La conversación se hacía difícil, pero viendo que yo no le comprendía, me chapurreó en un francés sabir y con un acento que renunció á describirte:

Povera eccellenza Barbassou-Pachá!.... finito.... morto!

Respondíle en italiano, que él conocía así así. Estábamos salvados.

Referíle entonces la desgracia que había causado la muerte de mi tío y su amigo. Me escuchó con profunda aflicción y repuso:

—Dunque voi signor padrono?... Voi heritare di tutto?... ordinare?... comandare?

—Puede estar tranquilo Su Excelencia, le respondí, pues nada cambiará aquí con la muerte de mi tío y pondré el mayor empeño en imitar completamente su conducta.

Pareció satisfecho y como libre de un gran peso. Pasado un instante me preguntó si quería permitirle que me presentase á todos los suyos.

—Excelencia, me alegraré en el alma de conocer á vuestra familia.

Dirigióse hacia la puerta y llamó dando palmadas. Conforme a las costumbres musulmanas, esperaba ver aparecer á las mujeres é hijas de mi huésped envueltas en triples velos. No pude contener un grito cuando ví entrar á cuatro jóvenes vestidas con el delicioso traje oriental, con el rostro descubierto y á cual más bella, más graciosa, más joven y tan resplandecientes que quedé deslumbrado. Creí que eran sus hijas.

Vacilantes y turbadas detuviéronse á algunos pasos de nosotros. En medio de mi asombro buscaba en vano una palabra que decirles cuando, obedeciendo á una orden de su padre, llegaron á mí, una tras otra y con gracia arisca, llena de indecible encanto, inclinándose cada uno ante mí, llevóse la mano á la frente, tomó la mía y la besó.

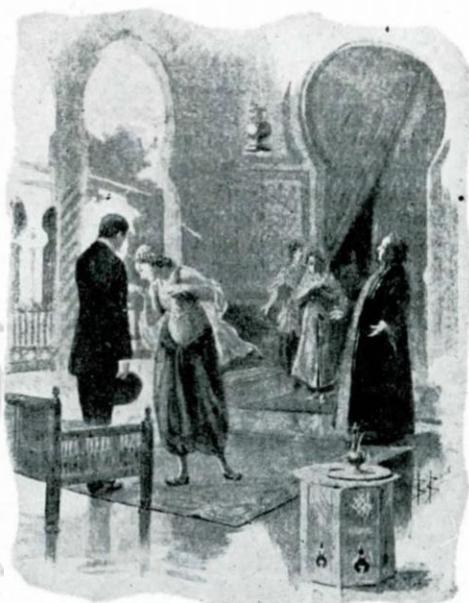
Debo confesar que perdí completamente la cabeza. No sé lo que balbucí. Creo que les aseguré que ellas y su padre hallarían

en mí, á falta de mi tío, un amigo verdadero y fiel.... pero, como no comprendían una palabra de francés, mi discurso resultó inútil.... Sea como quiera, es lo cierto que al cabo de un instante estaban sentadas en el diván con las piernas cruzadas, y yo solo pensaba en prolongar mi visita. Mohamed me dijo sus nombres, que eran encantadores: se llamaban Konyé-Gul, Hadiyé, Nazlí y Sura. Como padre orgulloso no dejó de alabar su belleza. Yo le hice coro y seguramente mi entusiasmo le lisonjeó. En efecto, las cuatro poseían una belleza tan extraña y al mismo tiempo tan diversa, que se las hubiera creído reunidas para formar el más encantador de los cuadros:

Grandes ojos negros, de mirada dulce, tímida y lánguida como ojos de gacela, con un modo de mirar propio de Oriente y que nosotros desconocemos; labios que sonreían mostrando dientes como perlas; una tez que el velo defiende hasta contra la luz del día y que, según la antigua imagen, parece verdaderamente formada de azucenas y rosas. Con sus brillantes trajes de Brusa ó de seda de colores armoniosos, que dibujaban las formas de las caderas ó del seno, tenían actitudes y movimientos de una agilidad felina y de una gracia exótica cuya voluptuosa languidez solo puede comprenderse después de haber visto á las doncellas musulmanas. Me hallaba en pleno cuento árabe y pasaban por mi cerebro ideas verdaderamente extravagantes.

En tanto que, por guardar las conveniencias, trataba de conversar lo mejor que podía con su padre, algo más amansadas empezaron á cuchichear entre sí; de vez en cuando se oía una ligera y sonora risa en la que yo presentía algo de malicia. Respondíales alegremente amenazándoles con el dedo para hacerles comprender que las adivinaba, y esto daba lugar á nuevas risas infantiles, de suerte que al cabo de media hora reinaba entre nosotros una amable familiaridad, hablábamos por señas y nuestros ojos hacían casi superflua la intervención laboriosa de Mohamed como intérprete. Por lo demás parecía encantado de vernos loquear de esta suerte.

Para enseñarles mi nombre, pronuncié varias veces la palabra: *Andrés*. Comprendieron en seguida y quisieron á su vez hacerme también repetir el suyo. El de Hadiyé producía grandes carcajadas, á causa de mi dificultad para pronunciar la articulación gutural. Viendo que no podía lograrlo, me cogió entonces por ambas manos y acercando su rostro al mío me gritaba: *—Hadiyé! Y yo repetía: —Hadiyé!* Era aquello pueril y encantador. Fuéme preciso repetir la misma lección con cada una



de ellas. Pero la cosa subió al delirio, cuando llegó su turno á Konyé-Gul. No sé por qué casualidad soltó una palabra italiana. La interrogué en dicha lengua, que conocía bastante. Ya comprenderás mi alegría!.... Inmediatamente nos nicimos casi al mismo tiempo una multitud de preguntas. Sus hermanas nos miraban con los ojos llenos de asombro.

En aquel momento entró una criada griega seguida de otras dos mujeres, que traían la comida en bandejas que colocaron en unas mesitas bajas de ébano incrustado de nácar. La discreción me imponía el deber de despedirme después de tan larga visita y ya me preparaba á ello.... Inmediatamente surgió entre mis jóvenes amigas un concierto de palabras confusas en que creí adivinar el sentimiento por mi retirada. Felizmente intervino Su Excelencia, invitándome á comer. Excusado es decir que acepté con el mayor gusto.

Instaléme con ellas sobre la alfombra con las piernas cruzadas y empezamos un festín delicioso. Hicieron venir para mí vino de Champagne, atención que agradecí extraordinariamente. Me hallaba colocado junto á Nazlí; á mi izquierda se sentaba Konyé-Gul y tenía enfrente á Hadiyé y á Zura. No podré decirte los manjares que siguieron, por que mi pensamiento estaba en otra parte.

—¿Qué edad tienes? me preguntó Konyé-Gul, porque en el italiano no servía, empleaba la forma turca.

—Veintiseis años, contesté. ¿Y tú?

—Yo voy á cumplir dieciocho.

Este tuteo me encantaba. Díjome en seguida la edad de las otras, Hadiyé era la mayor y tenía diecinueve años; Nazlí y Hura tenían entre diecisiete y dieciocho, la edad de la belleza de las hijas de Oriente, que son más precoces que las nuestras. La alegría y la charla no acababan. Como no bebían más que agua dije con aturdimiento á Konyé-Gul.

—¿No queréis probar el vino de Francia?

Al oír esta proposición, mostró tal azoramiento que las otras le pidieron que tradujese mis palabras. La emoción fué inmensa, y siguió á ella una discusión en la que tomó parte el padre. Temí haberlas ofendido, pero Su Excelencia dijo al fin algunas palabras que parecieron decisivas. Entonces, ruborizándose y con vacilaciones de una gracia divina, Konyé-Gul tomó mi vaso y bebió con un gestecillo muy cómico de gata que prueba algo, y en seguida con un aire de satisfacción tan visible que todas prorrumpieron en una alegre carcajada.



A fe mía debo confesarte que ante tan ingenuo atrevimiento sentí latir mi corazón, como si sus labios hubiesen tocado los mios.... Figúrate lo que sentiría cuando las otras tres extendieron á su vez la mano para reclamar mi copa. Bebieron todas y

yo después de ellas, presa de una turbación imposible de describir. Aquella mezcla de abandono y de púdicas reservas, aquellas adorables timideces que lograban vencer por miedo sin duda de desairarme, rehusando lo que creían tal vez conforme con nuestras costumbres francesas, todo ello me conmovía, me encantaba y me intimidaba á veces hasta el punto de no atreverme á mirarla cara á cara, aunque la presencia de su padre era la mejor prueba de la inocencia de estas familiaridades.

Al fin de la comida, las mismas criadas griegas quitaron las mesas. La noche se echaba encima y se encendieron las arañas. A través de las cerradas persianas llegaban hasta nosotros el perfume de los arrayanes y las lilas. Sirvieron cigarrillos; Zura tomó uno, lo encendió y después de dar unas chupaditas, me lo ofreció.... Yo lo acepté con gusto. Vamos á ver, Luis: ¿puedes figurarte á tu amigo muellemente recostado sobre unos almohadones?.... En torno mío estaban aquellas cuatro hurfes del Paraíso de Mahoma con sus admirables trajes de sultanas y á cual más bella, hasta el punto de que á ser yo París no hubiera sabido á quien dar la manzana.

Te lo repito, tuve necesidad de hacer un gran esfuerzo para convencerme de que todo aquello era verdaderamente real. Al cabo de algún tiempo eché de ver que Mohamed Asiz se había ausentado; gracias á Konyé-Gul, que decididamente era mi intérprete, nuestra conversación se hizo activa y general. Hadiyé me enseñó un juego turco que se juega con flores y no te describiré por no haberlo comprendido.

Decirte cómo trascurrió aquella velada sería lo mismo que querer referirte un sueño. Enseñéles á mi vez el juego de la rata. ¿Lo recuerdas? Consiste en una cinta atada por los dos extremos, que sujetan los jugadores sentados en tierra en círculo y por la que corre un anillo que hay que coger entre las manos de uno de los jugadores. Debo confesarte que aquel fué el golpe decisivo para mi razón. ¡Qué de risas y qué alegre algazara! Cada una de ellas, cogida á su vez me escogía naturalmente como punto de mira. A cada momento me sentía aprisionado entre sus blancos y desnudos brazos. ¡Te juro que era cosa de volverse loco!

Era ya cerca de media noche cuando volvió Su Excelencia. Había perdido la conciencia del tiempo; al fin había que partir. Mientras me disponía á ello y dirigía algunas palabras á Konyé-Gul, Mohamed Asiz habló á Zura, á Nazlí y á Hadiyé. Creí observar que les preguntaba y que ellas respondían negativamente. Entonces habló más largamente con Konyé-Gul. Parecióme que le pedía cuentas de mi conversación con ella y que no quedaba satisfecho del resultado. Fastidióme algún tanto el pensar que tal vez había sido yo causa de que le dirigiérase alguna reprimenda. Por último les ordenó sin duda que se retirasen, pues vinieron á mí una tras otra y, lo mismo que á la entrada, se inclinaron con aire respetuoso, llevándose las manos á la frente y luego me besaron la mía; después salieron, dejándome entregado á un cúmulo de pensamientos tan desordenados que me sería imposible describirlo.

Iba á hacer algunas apologías al bueno de Mohamed por vía de excusa, al separarme de él, porque temía que en adelante pudiese algún obstáculo á semejantes veladas, cuando me dijo con aire inquieto en su idioma medio bárbaro:

—¿Puedo lisonjearme con la esperanza de que Su Señoría ha quedado satisfecho?

—¿Cómo, Excelencia, exclamé estrechándole afectuosamente las manos. ¡He quedado encantado!.... Y no puede Ud. darme mayor placer que el de disponer de mí como si fuera mi tío.

—¿No han desagradado á Vuestra Señoría?

—¿Quién? ¿Vuestras hijas?.... Pero si son encantadoras. Mi único temor hubiera sido que no compartiesen las simpatías que me inspiran.

—¡Ah!.... Entonces, si Su Señoría no se queda aquí esta noche ¿no es porque se haya fastidiado? añadió con aire inquieto.

—¿Que no me quedo? respondí....

—Puesto.... que Vuestra Excelencia no ha indicado su voluntad á ninguna de ellas.

—¿Mi voluntad? ¿Qué voluntad quería Ud. que les expresase?

(Continúa)

MODAS



Vestido de comida
(Corte de Beer)



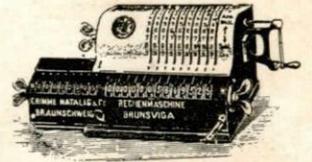
Vestido de calle
(Corte del célebre Worth)

Este ERA el sistema antiguo

Ahora se hace este trabajo en pocos minutos por la máquina para calcular

“Brunsviga”

que no emite errores



Para más informes dirigirse a

W. R. Grace & Co.



Un consejo á los Herniados

Por qué adolecer de un defecto físico cuando puede ser curado, por medio de mis aparatos, sin peligros ni molestias como ocasionaban los primitivos hasta hoy.

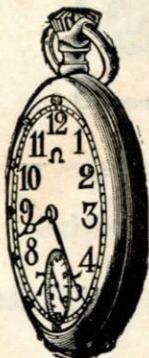
Pidan el nuevo folleto, se pueden mandar á provincias.

Consultas gratis de 9 á 11 a. m.
y de 2 á 5 p. m.

Portal de Botoneros 52 altos --- Lima, Perú

J. Porta,
Especialista Ortopédico.

El mejor reloj por su precio



OMEGA

Paris 1889 : HORS-CONCOURS, MEMBRE DU JURY
Bruxelles 1897 }
Paris 1900 } **GRANDS PRIX**

En vente chez :

C. Stierlen Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú, Decana de Calle de Espaderos 232--Lima

Guillermo Brandes

ALMACEN DE PIANOS -- INSTRUMENTOS -- MUSICA

529 -- CALLE DE ESPADEROS -- 529

LIMA

Casa establecida en el año 1876

Unico representante en el Perú de las afamadas fábricas de piano de

Julius Blüthner

C. Bechstein

C. Rönisch

H. W. Brandes

F. Neumeyer

Wessel

Y DE

Pianola de la Aeolian Co.---New-York

Construcción especial
Calidad garantizada



Solamente marcas
de primera clase

Pianos Parados - Pianos de Cola - Armoniums - Phonolas

Siempre hay un gran surtido de pianos de diferentes precios, modelos y colores

**Cran existencia de instrumentos de viento y de cuerda
para banda y orquesta**

SURTIDO COMPLETO DE MUSICA IMPRESA PARA TODA CLASE DE INSTRUMENTOS

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América